

HQN™

Una boda *sin* fresas  
Lorraine Cocó

# Lorraine Cocó

Una boda *sin* fresas

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

[www.harlequinibericaebooks.com](http://www.harlequinibericaebooks.com)

© 2014 TW Consulting, S.L.

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Una boda sin fresas, n.º 31 - julio 2014

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-4712-5

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

# Capítulo 1

## Natalie y Tucker. ¡Quiero mi nosito!

—¡Papá, mi *nosito*! —Tucker, que analizaba los paneles de información de salida de los vuelos del aeropuerto, miró a su hija que le tiraba del pantalón con la intención de llamar su atención y le sonrió con ternura. Bajó hasta el suelo y la tomó en brazos. La niña le devolvió una mirada ofuscada y algo ceñuda, idéntica a la de su madre cuando estaba preocupada o molesta. Volvió a sonreír.

—Tu nosito está en la maleta, Maria, no está aquí, y tenemos que llegar hasta el avión —le dijo a la niña que no cambió un ápice su gesto y se frotó los ojos con sueño.

—Ven aquí, cariño, deja a papá ahora que está concentrado —dijo Natalie a su hija tomándola de los brazos de su marido, que seguía mirando el panel mientras se pasaba la mano por la nuca. Se le veía preocupado. No le había dicho nada, pero ella sabía que algo pasaba. Para empezar, Tucker había insistido en que tomaran uno de los vuelos regulares que salían desde Dallas con destino a Nueva York para asistir a la boda de Julia, en lugar de hacerlo con uno de los aviones privados de la empresa. Aquello ya le pareció sospechoso y las vagas excusas que le había dado para ese hecho no habían sido suficientemente convincentes. Tampoco ayudaba el estado de nervios y preocupación que veía en su marido, que cada día dormía menos y pasaba más horas en el despacho. Acercó la mano hasta su nuca y quiso acariciarlo, pero, a su contacto, Tucker pegó un respingo sobresaltado.

—Lo siento, cariño, estaba concentrado —se excusó él, al ver la cara de sorpresa con que lo miraba Natalie por su reacción. Tomó la mano con la que ella quería regalarle una caricia y se la llevó a los labios depositando un beso en su palma de manera tierna. El pulso de Natalie se disparó inmediatamente y sonrió mordiéndose el labio. Tucker se acercó a ella sin poderlo evitar y depositó un pequeño y lento beso en el labio que ella se había mordido. Llevaban más de tres años juntos y aún no podía resistirse a los encantadores gestos de su bella esposa.

—¡Yo también *quiedo* un *bezo* —dijo la pequeña Maria atrapada en el abrazo de sus padres. Ambos sonrieron y comenzaron a besarla cada uno por un lado, apretujándola y estrujándola efusivamente, lo que hizo que la niña rompiera en carcajadas.

Natalie se giró en busca del cuarto miembro de su feliz familia para unirlo al abrazo, pero Tommy estaba concentrado en una partida de su consola y lo miró con horror al adivinar sus intenciones. Aun así tiró de la manga de su cazadora y lo unió a ellos, y, a pesar de las protestas, le revolvió ligeramente el cabello y depositó un beso sobre su cabeza. Tommy solo sonrió, sin levantar la vista del aparato.

—¿Has encontrado nuestro vuelo? —preguntó Natalie a su marido.

—Acabo de hacerlo. Llegamos a tiempo. Si no me equivoco tenemos que ir en esa dirección —dijo señalando el pasillo atestado de gente que cargaba con sus maletas y multitud de bolsas con paquetes de coloridos envoltorios.

Apenas faltaban cuatro días para Navidad y la mayoría de aquellos viajeros se dirigían a disfrutar de sus vacaciones navideñas en compañía de familia y amigos, cargados de regalos. Lo que hacía que transitar por el aeropuerto, ya de por sí bastante concurrido, se convirtiese en una experiencia aún más abrumadora. Tucker le cogió a Maria de los brazos y Natalie tomó de la mano a Tommy, después se cogieron ambos de la mano, se miraron y, tomando aire, se dispusieron a atravesar la marabunta de gente que transitaba por los pasillos que llevaban hasta su puerta de embarque. Afortunadamente su

equipaje estaba ya en Nueva York y tan solo llevaban una bolsa de viaje que Tucker llevaba a la espalda, su bolso y la pequeña mochila en la que Tommy guardaba sus cosas.

Los intransitables pasillos, se hicieron interminables. Cuando llegaron a la puerta de embarque, tenían la sensación de haber recorrido kilómetros hasta su destino. En cuanto llegaron, Tucker depositó a Maria en una silla y comenzó a sacar los billetes de la mochila.

—No tardaremos en embarcar —dijo mirando las hojas impresas en sus manos.

Tommy resopló haciendo que su flequillo, que caía ligeramente sobre sus preciosos ojos grises, bailara sobre ellos.

—¿Estás cansado? —le preguntó Natalie.

—No, pero tengo hambre— dijo Tommy sonriendo.

—¿Cómo es posible? ¡Has desayunado más que tu tío y que yo! —le dijo ella sorprendida.

—¿Qué puedo decir? Estoy creciendo... —contestó Tommy encogiéndose de hombros a la vez que le mostraba una traviesa sonrisa que inundaba su preciosa cara de hoyuelos.

—¡Menudo golfo estás hecho! Anda, toma —le dijo sacando una chocolatina de su bolso y ofreciéndosela. Natalie lo observó abrir el envoltorio y dar un gran bocado. Tommy era un niño maravilloso. Verlo crecer y evolucionar aquellos tres años había sido increíble para ella, un regalo. Era un niño muy educado, obediente, amoroso y cariñoso, sobre todo con la pequeña Maria. Seguía siendo algo tímido y retraído, pero aquel era su carácter normal. Tommy prefería pasar desapercibido, encerrarse en su consola, en algún libro, ir a montar... Cosas normales para un niño de su edad. Cuando Tucker llevó a su sobrino hasta su rancho hacía tres años, y Tommy se negaba a hablar, nunca imaginó que lo vería evolucionar de esa manera y mucho menos que tendría la suerte de verlo crecer y convertirse en el maravilloso chico que era. Estaba muy orgullosa de él y se lo demostraba a cada momento. Tommy la miró intuyendo que Natalie hacía lo mismo con él y le sonrió. Le enseñó el envoltorio ya vacío de la chocolatina y rio, después volvió a concentrarse en la consola.

—En quince minutos embarcaremos —le dijo Tucker a su lado.

—¡*Quiedo mi nosito!* —volvió a insistir la pequeña Maria.

—Peque, ya te he dicho que está en la maleta. ¿Recuerdas cuando hicimos la maleta, y decidimos que nosito era tan importante como para no dejarlo en casa y que por eso él viajaría en la maleta?

La pequeña Maria asintió y su melena castaña llena de rizos se agitó vigorosamente frente a su rostro.

—Sí, pero *quiedo* mi *nosito* —volvió repetir frotándose los ojos.

Natalie y Tucker resoplaron, iba a ser un viaje muy largo. Maria no se separaba de aquel osito de peluche rosa desde que nació que le había regalado el ama de llaves, que también se llamaba Maria. Iba a todas partes con él y más de una noche les tocaba buscarlo por toda la casa antes de acostarse, pues la niña no conseguía conciliar el sueño si no era en compañía de su peludo amiguito. Natalie y Tucker habían querido asegurarse de que el peluche llegaba sano y salvo a Nueva York y no sufría ningún percance o pérdida durante el trayecto, y lo habían metido en la maleta que ya estaba en camino con una agencia especial de transporte. Pero no habían caído en que el madrugón haría estragos en la niña, que estaba muerta de sueño y quería a su amigo para echarse una siestecita mañanera. Tucker apoyó la cabeza de su pequeña en el hombro y la meció ligeramente intentando calmarla. Afortunadamente a los pocos minutos estaban haciendo el *check-in*. Y un rato después, se acomodaban en sus espaciosos asientos de primera clase.

No era como viajar en uno de los aviones privados de la compañía petrolera que dirigía, pero bastaría. Lo más importante era que su familia estuviese segura y, aunque no había querido preocupar a Natalie con sus motivos para hacer las cosas de aquella manera, sabía que era la mejor opción y no

iba a arriesgarse a ponerlos en peligro. Se giró sobre su asiento y echó un vistazo a la cabina del avión en la que se encontraban. Sus ojos no tardaron en cruzarse con los de un hombre que vestía un elegante traje negro, corbata gris y cabeza rapada al estilo militar. El hombre lo saludó con una leve inclinación de su cabeza y Tucker con gesto pétreo le devolvió el saludo.

—¿Lo conoces? —le preguntó Nat siguiendo la dirección en la que su marido miraba.

—Me suena, pero no recuerdo de qué. Da igual —dijo girándose hacia su mujer y cambiando de tema—, usted y yo, señora McGregor, ahora solo debemos pensar en los maravillosos días que vamos a pasar en Nueva York. Han sido unos meses duros, y necesitábamos estas vacaciones —añadió cambiando el gesto y regalándole una sonrisa más relajada.

A Natalie le encantaba deleitarse con esa sonrisa, y lo contempló embelesada.

—Sí, necesitábamos estas vacaciones. Han sido meses duros... —sus ojos se entristecieron recordando que uno de los motivos había sido la muerte de su adorada Maria. Maria no solo había sido el ama de llaves del rancho familiar, también la mujer que la había criado, dándole todo el amor y seguridad que necesitó de niña, y la persona más importante en su vida hasta la llegada de su marido y sus niños. Hacía tan solo seis meses que se había marchado de sus vidas. Maria llevaba un par de años luchando en silencio contra un cáncer que al final pudo con ella. Al menos había podido verla casada y disfrutando de sus pequeños, como siempre había sido su sueño. Incluso ver como ella ponía su nombre a su primera hija. Pero ya no estaría más con ellos y eso aún le provocaba un dolor tan grande en el pecho que era difícil de soportar.

—Siempre estará con nosotros —le dijo Tucker adivinando el rumbo de sus pensamientos.

—Sí, siempre lo estará —dijo ella forzando una sonrisa mientras acariciaba el cabello de su pequeña Maria que dormía en el regazo de su padre. Miró a Tommy, que leía un comic, y cerró los ojos apoyando la cabeza en el fuerte hombro de su marido. Su proximidad siempre la reconformaba y se dejó llevar por el cansancio cerrando los ojos.

# Capítulo 2

## Andy y Daniel. Fresas por Navidad

Andy se sujetaba el cabello a un lado para no manchárselo mientras se inclinaba sobre la taza del inodoro. Cuando terminó de vaciar el contenido de su estómago, intentó incorporarse lentamente, pero todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Se apoyó sobre el lavabo y soltó el aire de sus pulmones mientras abría el grifo del agua fría y se echaba una buena cantidad en el rostro con las manos, congestionado por el esfuerzo del vómito. Se encontraba fatal. Llevaba unos días así, y al fin se había decidido a realizarse la prueba de embarazo. Abrió uno de los pequeños cajones del mueble del baño, bajo el lavabo. Sacó su neceser y tomó del interior la prueba que se había realizado hacía dos días. Las dos rayitas rosas la saludaban recordándole su nueva maternidad. Una sonrisa se dibujó en su rostro y, mientras con una mano sostenía la prueba, como si necesitase la confirmación constante de su nuevo estado, con la otra se acariciaba el vientre, que hacía pocos meses había conseguido que volviese a su estado de firmeza, tras el embarazo de su primera hija, Bella.

Bella había sido la guinda del pastel en el maravilloso matrimonio con Daniel. Ambos habían decidido tener a la pequeña un año después de su boda y nueve meses más tarde eran bendecidos con la pequeña personita que ahora iluminaba sus vidas. No habían hablado de tener más hijos, al menos de momento. De hecho, ahora que Bella había comenzado a decir sus primeras palabras, a dormir en su propio cuarto y sus vidas comenzaban a retomar los ritmos normales, Daniel y ella habían planeado una pequeña escapada de cuatro días que los tenía bastante ilusionados. Bella iba a pasar esos días con la abuela Suzanne, su madre, que estaba entusiasmada con la idea de tener a la pequeña para ella sola y poder mimarla cuanto desease sin ser recriminada por sus padres, y ellos, aunque pasarían cada minuto sufriendo la ausencia de su pequeña princesa, estaban deseando tener unos días para disfrutar el uno del otro y de las actividades que hacían cuando no tenían a la niña. Habían decidido volver a Hawaii, al lugar donde se fraguó su amor, y surfear, bucear, visitar a su amigo Noah, nadar con las tortugas, incluso habían pensado en hacer parapente.

Andy volvió a mirar la prueba en sus manos y después su reflejo en el espejo que le devolvió una mueca. Estaba feliz, iba a ser mamá de nuevo, y no podía estar más contenta, pero, por otro lado, estaba deseando volver al trabajo. Le encantaba su trabajo, que había tenido que relegar para dedicarse por completo a Bella, y la nueva maternidad la obligaba a tener que aplazarlo de nuevo. Tampoco podrían hacer el viaje a las islas tal y como lo habían planificado, y no sabía cómo decírselo a Daniel, que estaba realmente ilusionado, hasta el punto de que no hacía otra cosa que hablar de aquel viaje todo el tiempo. Comenzó a lavarse los dientes pensando en cómo iba a darle la noticia, esperaba que Daniel se mostrase entusiasta con la buena nueva. Sacó su cepillo de dientes eléctrico y le puso una buena cantidad de pasta dental con sabor a menta y comenzó a frotar con energía. De repente unas ganas feroces de comer fresas se apoderaron de ella, miró su aún plano vientre y le dijo con una sonrisa:

—¡Conque esas tenemos! ¿En serio? ¿Fresas? ¿En navidad?

Se rio y comenzó a enjuagarse cuando oyó abrirse la puerta del ático y a Daniel y Bella entrar riéndose.

Daniel salía a correr cada mañana y se llevaba a Bella en su carrito especial para correr. Daniel lo

había comprado hacía un par de meses. Era un carricoche especial, de tres enormes ruedas, que permitía correr cómodamente a quien lo iba empujando. Bella ansiaba cada mañana salir con su padre y pasaba todo el tiempo del paseo riendo sin parar. Era una niña muy feliz que los volvía locos cada día. Se preguntó cómo se tomaría su princesa la llegada de un hermanito. No le dio tiempo a salir del baño cuando padre e hija hicieron su aparición por la puerta.

—Hola preciosa —le dijo su marido rodeándola con un brazo y dándole un beso en los labios.

Andy sintió cómo el aire se le quedaba atrapado en los pulmones y la necesidad de prolongar el beso se hizo algo urgente. Daniel pareció leerle la mente porque la apretó más contra él.

—Umm... —gruñó él contra su boca—. ¿Te apetece una ducha? —le propuso con una preciosa y traviesa sonrisa.

—Pero Bella... —dijo ella en un suspiro contra su boca.

—Bella se está durmiendo —le hizo notar él. Andy vio a su pequeña princesa con el moflete aplastado en el hombro de su padre.

Daniel salió del baño y depositó a su hija en la cuna, cogió el intercomunicador y lo llevó al baño donde lo esperaba su esposa apoyada en el lavabo expectante.

Al ver la sonrisa que le obsequiaba, traviesa y juguetona, no tardó en abalanzarse sobre ella tomándola de las caderas y haciendo que le rodeara la cintura con las piernas. Sin esperar, la introdujo atada a él en la gran ducha con sistema de lluvia que dominaba el baño. Tocó los mandos con una mano mientras apoyaba a su preciosa esposa en la pared. El agua templada los empapó al momento, con ropa y todo. Sus bocas se buscaron entre la cortina de agua que los envolvía y bebieron el uno del otro, como dos sedientos en el desierto, ávidos de cada gota derramada sobre la piel del otro. Daniel se apartó un segundo para ver el rostro de Andy que mantenía los ojos cerrados. Era tan bella y excitante, salvaje y dulce a la vez... Daba gracias cada día de tenerla a su lado. Acarició su rostro de facciones exóticas y bellas como una orquídea perfecta. Deslizó la mano por su cuello mientras ella se arqueaba hacía atrás esperando su siguiente movimiento y siguió su recorrido lentamente hasta rodear uno de sus perfectos y llenos pechos, que se erguía orgulloso bajo la tela de la fina camiseta que ella usaba para dormir, sin sujetador. Lo tomó en su mano y pellizcó el disco dorado de su pezón haciendo que ella gimiera y buscara su boca con desesperación. Le encantaba verla entregada a él, abandonada a lo que sentía, ajena a todo lo que no fueran sus cuerpos.

Andy estaba encendida, exultante y poderosa, como cada vez que Daniel la tocaba. En el momento en el que él la tomó por las nalgas y la elevó para meterla en la ducha, su cuerpo reaccionó buscando que Daniel la penetrara. Cuando sintió que él excitaba sus pezones erguidos y más sensibles de lo normal debido a su nuevo estado, no pudo soportarlo más y comenzó a quitarle la camiseta, los pantalones, quería tener toda su piel para ella. Su fuerte pecho, el abdomen perfectamente esculpido, su miembro erecto y poderoso, todo para ella, sin barreras. Bajó las manos que se deslizaron por la piel de Daniel resbalando por el agua, hasta su miembro y comenzó a acariciarlo como sabía que a él le gustaba, pero no tardó en darse cuenta de las consecuencias de lo que estaba haciendo. Daniel la tomó de improviso de las manos, las elevó por encima de su cabeza inmovilizándola y dejándola expuesta, llevó la boca hasta sus pezones y comenzó a torturarlos lamiéndolos y mordisqueándolos. Ella se arqueó pidiendo más, exigiendo más, pero Daniel tenía otros planes. La giró colocándola de espaldas a él y tomándola de las caderas, la inclinó, para dejar su trasero pegado a su miembro duro y erecto, que necesitaba entrar en ella. Cuando Andy se percató de sus intenciones, comenzó a frotar su trasero contra él, que gruñó con desesperación. Su respuesta fue una dura embestida que la obligó a apoyarse en la pared. Oleadas de placer comenzaron a atravesarla, haciendo que se convulsionara contra la superficie fría de la pared. Daniel llegó hasta su oído y le susurró sin dejar de penetrarla:



—¿Te gusta?

Andy pensó que estaba a punto de morir del delirio cuando él comenzó a acariciarle el clítoris inflamado al tiempo que le regalaba las últimas embestidas, haciéndola estallar mientras él se derramaba en su interior con otro nuevo y desgarrador gruñido. Daniel la abrazó con fuerza pegándola a su cuerpo por completo y se mantuvieron así; exhaustos, unidos, acompasando sus respiraciones y el frenético latido de sus corazones. Se dio la vuelta y abrazó a su marido satisfecha y henchida de felicidad.

—Si no fuese porque hoy es la boda de Julia, te tendría así, para mí, todo el día —le dijo Daniel besándole el cuello.

Andy rio contra su piel.

—De todas formas no podríamos, ahí fuera tenemos una pequeña princesa que pronto volverá a exigir atenciones.

—Bueno, dentro de poco. En un par de semanas, tú y yo. Solo tú y yo —le dijo Daniel acariciándole la espalda y consiguiendo que se le erizase la piel con su contacto.

Andy contuvo la respiración. Tenía que decirle lo del embarazo, pero... ¿Y si él no se mostraba entusiasmado con la idea? Había expresado en muchas ocasiones las ganas que tenía de que dispusiesen de más tiempo para ellos dos solos. Sin poder evitarlo se tensó pensando en cómo afrontar el tema. Una cosa tenía clara, aquel no era el momento. Era el día de Julia. Su hermana se iba a casar y la necesitaba. No quería comenzar una conversación con Daniel que pudiese terminar mal y aguar el ambiente de un día tan especial. No sería capaz de disimular frente a sus familiares y amigos si veía en los ojos de su marido decepción ante la noticia de una nueva paternidad. Una punzada de dolor la atravesó pensando en aquella posibilidad e intentó apartarse de Daniel, pero este la tomó de la barbilla intentado mirarla a los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿No te apetece el viaje? —le preguntó confuso.

—Claro que si —le dijo ella evitando su mirada y saliendo de la ducha—, ¿cómo no va a apetercerme? Pero acabo de darme cuenta de que es tarde. Quiero ir a casa de Julia y ayudarla con los preparativos. Este va a ser un día muy largo —añadió saliendo del baño.

Daniel la vio salir sin entender el cambio de actitud de Andy. Y ni por un segundo creyó que ese fuese el motivo de su marcha. Conocía a su mujer y algo le rondaba la cabeza, algo que la había apartado de él, y eso no le gustaba. Fuese lo que fuese, lo haría desaparecer.

# Capítulo 3

## Alan y Julia. ¡Futuro marido!

Alan se giró en la cama hasta encontrar el cuerpo de Julia a su lado y la abrazó con fuerza pegándose a su trasero. Aspiró el aroma de su cabello y enterró el rostro en el hueco de su cuello. Estaba feliz, por fin Julia aquel día se convertiría en su mujer. Habían tenido que retrasar la boda por el trabajo. La cuenta de publicidad con Tecnojap, les había dado más de un quebradero de cabeza, pero, por fin, las cosas estaban encauzadas y habían podido organizar su ansiada boda. Julia se revolvió un poco comenzando a despertarse y él la abrazó con más fuerza si cabía impidiendo que se separara de él.

—Buenos días, señora Rickman —le dijo al oído.

Julia sonrió encantada con el comentario, pero aun así puntualizó:

—Futura señora Rickman.

—Lo de hoy es un mero formalismo, eres mía desde que entraste por la puerta de esta casa —le dijo girándola para tenerla de frente.

Despertar cada mañana junto a su mujer era lo mejor que le había pasado, junto con Mat, su hijo. Recordó que hacía poco más de un año no habría podido ni imaginar un futuro así para él. Siempre había huido de los compromisos, las ataduras, las relaciones que supusiesen una responsabilidad, y entonces llegaron Julia y Mat a su vida para romper todos sus esquemas y apoderarse de su vida para siempre. Saber por sorpresa que era padre había sido una locura. Al contratar a Julia como niñera imaginó que evitaría tener que acercarse a su hijo, pero entonces ella lo obligó a sentir, con su dulzura, su fortaleza, su belleza... Lo había desarmado y ahora la tenía en sus brazos, y en unas horas sería su esposa. Era el broche final para el que había sido el mejor año de su vida.

Julia se desperezó en sus brazos y el tirante de su corto camisón de algodón celeste cayó por su hombro de piel cremosa y tacto de seda. Alan pasó las yemas de los dedos por esa piel clara haciendo que ella se erizase bajo su contacto. La reacción del cuerpo femenino fue inmediata y vio como sus pezones se erguían contra la tela. Julia entreabrió los labios y soltó el aire contenido en un pequeño jadeo. Era tan bella que hacía daño verla. La luz que entraba por la ventana, temprana y dorada, la iluminaba convirtiéndola en una visión. Se perdió en su mirada verde de tigresa.

—Soy el hombre más afortunado del mundo —le dijo embelesado mostrándole una de sus aniñadas y perezosas sonrisas, y Julia se sonrojó sin poderlo evitar. Alan seguía teniendo ese efecto turbador en ella.

Lo rodeó con sus brazos y lo besó entregándose a él por completo. Entreabrió los labios en una clara invitación y él capturó su lengua acariciándola con la suya. El deseo se apoderó inmediatamente de ella haciéndola ansiar más, mucho más. Pero el llanto de Mat a través del intercomunicador que tenían sobre la mesita de Alan les anunció que el juego había terminado.

—¿Este niño tiene que ser siempre tan inoportuno? —le preguntó Alan entre risas.

—Pobre, mira el reloj —dijo señalando el despertador—. Esta mañana ha aguantado una hora más de lo normal. De hecho, no deberíamos estar en la cama a estas horas, hoy no. Mi hermana debe estar a punto de llegar y tengo que llamar a Robert para recordarle que vaya a por Natalie, Tucker y los niños al aeropuerto. Tengo que hablar con la florista y la pastelería...

—Lo que tienes que hacer es dar los buenos días a tu marido debidamente con un beso de esos...

Julia plantó un pequeño beso en los labios de Alan y se levantó de la cama sin darle tiempo a impedirlo. Se puso un pantalón fino y una camiseta y se dirigió a la puerta mientras se recogía el cabello en una coleta informal.

—¡Futuro marido! —volvió a puntualizar entre risas saliendo de la habitación en dirección a la habitación de Mat.

El pequeño Mat estaba sentado en su pequeña camita entregado a un pequeño lloriqueo que no pretendía más que llamar su atención, pues en cuanto ella apareció la puerta, cualquier atisbo de tristeza, desapareció de su carita para mostrarle una de sus sonrisas de niño travieso y mirada desafiante.

—Mami, quiero zumo —le dijo el pequeño, y el corazón de Julia estuvo a punto de reventar de felicidad, como cada vez que el niño la llamaba de aquella manera.

—Antes tendrás que tomarte la leche —contestó ella dándole un toquecito en la pequeña barbilla. Matthew tenía ya dos años y medio. El cabello rubio un poco largo y revuelto por su inquieto sueño nocturno. Los ojos eran idénticos a los de su padre, grises, de un color indescifrable y bello que cambiaba según su estado de ánimo, y un pequeño hoyuelo en la barbilla que acompañaba una mirada desafiante y juguetona. Era un niño bueno, pero le encantaba poner a prueba los límites de los mayores.

—¡Quiero zumo! —le dijo intentando salirse con la suya.

—¿Y quieres galletas? —le preguntó Julia tomándolo en brazos y comenzando a ponerle la bata y las zapatillas.

—Sí, muchas galletas —le dijo Mat encantado con la propuesta.

—Bien, te daré dos galletas, si te tomas primero la leche —le dijo Julia revolviéndole aún más el cabello.

Mat pareció sopesar la propuesta durante unos segundos.

—Galletas con pepitas de chocolate —dejó caer Julia, como si el dato no fuese relevante, pero el rostro de Mat sufrió una transformación en cuanto escuchó estas últimas palabras.

—Vale, dos galletas —dijo contento y Julia escondió una sonrisa triunfal mientras le daba un beso en la frente—. ¡Buen chico! Vamos a la cocina, seguro que Rose se pregunta cuándo pensamos levantarnos.

Julia tomó a Mat de a mano y bajó las escaleras con él en dirección a la cocina. Allí tal y como había previsto los esperaba Rose que corría de un lado para otro resoplando y apartándose el pelo de la frente, pero en cuanto la vio entrar con el pequeño se acercó a ellos para darles los buenos días.

—¡Buenos días, príncipe Matthew! —le dijo al pequeño que la abrazó con fuerza.

—¡Buenos días! —le contestó él sonriente.

—¡Buenos días, Rose! —la saludó ella con un beso en la mejilla.

Rose había sido el ama de llaves de la mansión desde siempre y a los pocos minutos de llegar Julia a la casa por primera vez ya se habían convertido en amigas. Ella había criado a Alan y lo quería como a un hijo. La miró a los ojos y pudo notar que estaba visiblemente cansada. Rose tenía una edad indefinida, se negaba a decirla alegando que eran más años que Matusalén. Llevaba el cabello blanco recogido en un moño a media altura y su porte era elegante, y tenía un rostro redondeado y unos ojos pequeños y vivaces que escondían tanta sabiduría como bondad.

—¿Desde qué hora llevas levantada? —le dijo obligándola a sentarse.

—No recuerdo la hora —mintió—, era más o menos temprano —añadió divagando.

—Más o menos temprano, ya. Pues ahora te sentarás aquí conmigo a desayunar tranquilamente —le

dijo tomando su mano, de piel fina y delicada.

Rose le sonrió y aceptó sin protestas sentarse con ella en la mesa de la cocina, y que Julia le sirviera una taza de té, después de sentar a Mat en su trona, que ya tomaba su leche de un biberón con una pajita.

—¿Estás demasiado tranquila para ser el día de tu boda? —le dijo la anciana admirada.

—La verdad es que a pesar de tener en la cabeza una extensa lista de cosas que tengo que hacer hoy, no estoy nerviosa en absoluto. No tengo motivos, hoy es un día de alegrías; toda mi familia y amigos estarán aquí, incluso Natalie viene desde Texas. Voy a casarme con el amor de mi vida, eso es lo único que importa, ¿qué podría ir mal?

La pregunta quedó en el aire sin respuesta, pues en ese momento sonó el teléfono, irrumpiendo con su timbre agudo y estridente.

Julia se levantó de la silla y fue hacia el aparato que había colgado en la pared de la cocina.

—¿Diga? —preguntó.

Al otro lado del hilo telefónico se oyó un chasquido que indicó que la llamada se había cortado.

—¡Vaya! Se ha cortado. Se habrán equivocado —dijo encogiéndose de hombros.

Se dispuso a volver a su asiento, cuando el teléfono volvió a sonar. Se apresuró a cogerlo temiendo que se cortase de nuevo.

—¿Diga? —preguntó.

Al otro lado de la línea se oyó el carraspeo de una voz femenina.

—¿Qué desea? —preguntó en tono serio. Ya comenzaba a impacientarse.

—¿El señor Tucker McGregor? —preguntó la extraña voz femenina, que sonaba demasiado metálica para resultar natural.

—¿Tucker? ¿Pregunta por Tucker? —dijo ella sorprendida. No entendía por qué alguien iba a llamar a su casa preguntando por uno de los invitados de su boda, y menos por Tucker, que jamás había estado allí con anterioridad—. ¿Por qué pregunta por él? —quiso saber.

Y el sonido de otro nuevo chasquido le informó de que la conversación había sido cortada de nuevo. No le gustaba aquello, la voz la había inquietado sin saber precisar por qué. Comenzó a girar sobre sus talones para volver a su asiento cuando el teléfono sonó por tercera vez. Con rapidez descolgó el auricular dispuesta a encontrar respuestas a las múltiples preguntas que rondaban por su cabeza.

—¿Quién es usted y por qué está llamado a esta casa? —dijo sin esperar a que su interlocutor pronunciara palabra.

—Soy tu hermano, Robert, y llamo porque me lo has pedido... —dijo la inconfundible voz masculina de su hermano al otro lado.

—¡Ah, Robert! —exclamó Julia aliviada suspirando—. ¡Eres tú! Pensé que eras esa extraña mujer de nuevo.

—¿Qué extraña mujer? —preguntó su hermano intrigado.

—Una que ha llamado varias veces preguntando por Tucker. Ha sido muy raro.

—¿Por Tucker? Sí que es extraño —le dijo su hermano sorprendido—. ¿Quieres que averigüe quién ha sido? —se ofreció.

Su hermano era uno de los mejores detectives de homicidios de la ciudad de Nueva York y sin duda solo necesitaría hacer una par de llamadas para obtener la información, pero, aunque le pareciese extraño, no creía que el incidente mereciese un despliegue como ese.

—No es necesario. Imagino que como Tucker, Natalie y los niños van a quedarse aquí unos días, habrá dado el teléfono de casa en la oficina por si necesitaban localizarlo. Cuando lleguen, le daré el recado y él averiguará quién ha sido —le dijo en el tono más resolutivo que pudo, aunque el recuerdo

de aquella voz siniestra le seguía erizando la piel.

—Bien, como quieras —concedió su hermano—. ¿A qué hora llega su avión?

—Natalie me dijo que a las doce del mediodía. Estaría bien si pudieses estar en el aeropuerto un poco antes por si acaso —dijo Julia mientras jugueteaba con el cable del teléfono. Era un modelo de esos antiguos estilo *vintage* que tanto le gustaba, le recordaban a su niñez y se negaba a cambiarlo.

—Claro, sin problemas. No te preocupes, está todo controlado —le dijo su hermano tranquilizándola.

—Bueno... ¡Recuerda que no puedes ir con tu Camaro! Necesitas una sillita para Maria —le dijo Julia recordando aquel detalle.

—¿Quieres dejar de preocuparte, hermanita? Lo tengo todo controlado, de veras. Mamá me ha dejado su coche y lleva la sillita para Mat. No te preocupes más. Dedícate a cosas de novias, las flores, el pastel... Esas cosas —le dijo riendo.

—¡Ay, Dios! Casi se me olvida que tengo que llamar a la florista —le dijo a su hermano en ese momento—. Te dejo Robert, un beso y no llegues tarde —añadió antes de colgar sin esperar respuesta.

Robert se quedó mirando su teléfono móvil y sonrió imaginado a su hermanita correteando por la casa mientras preparaba los cien detalles de su boda. Cabeceó un par de veces imaginándola y pudo recordarla con claridad cuando apenas tenía seis o siete años. Era una muñequita rubia de enormes ojos verdes que lo miraba aleteando las pestañas, para conseguir que él hiciese cuanto desease. Pero su hermana, sus dos hermanas, se habían convertido en preciosas mujeres, fuertes, inteligentes y con sendas hermosas familias. Estaba muy orgulloso de ellas. Junto con su madre, lo eran todo para él. Y acompañar a su hermana menor hasta el altar aquel día, aunque no fuese a reconocerlo ante nadie, le provocaba un nudo de emoción en la garganta que no conseguía bajar. Pensó con dolor que su padre se habría sentido igual de orgulloso y en lo mucho que le habría gustado ser el que la acompañara ese día. Pero su padre falleció cuando Julia era apenas un bebé y desde que desapareció de sus vidas, él se había encargado de cuidar de las tres mujeres de la familia. Miró el reloj y se percató de que debía comenzar a marchar hacia el aeropuerto. En aquellos días previos a la navidad, atravesar Manhattan se convertía en una odisea. Era mejor adelantarse e ir con tiempo, a arriesgarse a que sus hermanas lo despellejaran por recoger tarde a sus amigos. Por lo que dejó de divagar y se puso en marcha.

# Capítulo 4

## Natalie y Tucker. Sombras del pasado

Tucker aprovechó que Natalie estaba dormida para sacar los últimos informes que le había pasado el detective que tenía investigando la seguridad y los incidentes que llevaban sufriendo desde hacía tres años en la petrolera. No quería preocupar a su mujer, pero lo que comenzó tres años atrás con una explosión en una de sus plataformas se había convertido en algo más peligroso. Lo último habían sido amenazas vertidas directamente sobre su persona.

El detective estaba seguro de que se trataba de una agencia ecoterrorista, pero lo cierto es que hasta el momento no habían proclamado su autoría, cosa que normalmente hacían para reivindicar su causa. Estaba cada vez más extrañado y preocupado. Después de los primeros acontecimientos, no volvió a pasar nada en muchos meses y llegaron incluso a pensar que se había tratado de sucesos aislados y fortuitos. No había querido darle más importancia, pero ahora las amenazas no solo lo ponían en peligro a él, sino a su familia.

Miró a Tommy en su asiento, se había quedado dormido leyendo un libro. Su sobrino estaba hecho un hombre ya. Lo había visto sobreponerse a la muerte de su padre, volver a hablar, comunicarse y abrirse a los demás gracias a Natalie. Y ahora era un chico feliz, con una madurez fuera de lo normal en los chicos de su edad. Estaba realmente orgulloso de él y no se perdonaría jamás que algo le pasase por su culpa. Desvió la mirada hacia un lado. Natalie dormía con Maria en los brazos. Ambas abrazadas, relajadas y preciosas se habían abandonado a un dulce sueño. Habían madrugado mucho aquella mañana para tomar ese vuelo. Sabía que estaba trastornando a su familia haciéndolos viajar en aquel vuelo regular en lugar de tomar uno de los aviones privados que tenían destinados para tal efecto. Pero la última amenaza había llegado junto con un archivo lleno de fotos suyas en distintos momentos de su día a día, lo que indicaba que lo estaban siguiendo. De ser así, conocerían sus rutinas y que solía coger los aviones de la compañía para sus viajes tanto de trabajo como privados. El detective le había recomendado cambiar las rutinas y eso significaba esforzarse por hacer las cosas de manera diferente a la habitual. Dio una última ojeada a la documentación del detective y volvió la mirada hacia el hombre trajeado de unos asientos más atrás. El hombre observaba la cabina como un cazador el entorno, analizando cada pequeño detalle. Tenía las mandíbulas apretadas y la postura tensa, en alerta. Su mirada era escrutadora e intimidante. En aquel momento estaba centrado en el inusual movimiento que había al fondo del pasillo. Una azafata intentaba explicar a una señora de edad avanzada, que debía volver a su asiento y ponerse el cinturón. A pesar de las protestas, la asistente consiguió convencer a la mujer que regresó a su asiento entre protestas. Cuando la situación estuvo controlada, la mirada del hombre de la cabeza rapada volvió a depositarse en él. Tucker se giró nuevamente en el asiento y concentró el resto de sus energías en repasar por tercera vez la documentación del detective que sin duda le llevaría buena parte del viaje.

# Capítulo 5

## Andy y Daniel. Secretos e intrigas

Al salir del baño, Andy había aprovechado que Bella seguía durmiendo para vestirse rápidamente y sacar a pasear a *Brook*, su pequeño lasha, antes de que Daniel saliese del baño. Se sentía mal por haberse separado así de Daniel, pero necesitaba pensar en la mejor manera de decírselo. Bajó en el ascensor del elegante edificio donde se encontraba el ático en el que vivían. Lo habían comprado poco antes de nacer Bella y le encantaba vivir allí. En cuanto salió del ascensor, Alfred, el portero, un señor de unos sesenta años, vestido con un elegante uniforme en azul marino y gorra a juego, la saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Buenos días, señora Cox! ¡Buenos días *Brook*! —hizo lo mismo con su pequeño perro.

—¡Buenos días, Alfred! —le devolvió el saludo—. Parece que tendremos un hermoso día hoy —comentó admirando el brillante cielo azul que resplandecía sobre sus cabezas. El ambiente era frío, lo normal para un día de finales de diciembre, pero el sol brillaba por primera vez, después de semanas en las que habían estado sumidos en ventiscas, heladas y nieve que hacía intransitable las carreteras y aceras. Pero el crudo invierno parecía haberles regalado un hermoso día de invierno para celebrar la boda de su hermana. Se sentía feliz por ella, merecía tener una boda hermosa, como la que ella había disfrutado.

Recordó aquel día especial y mágico de su vida, aunque muy distinto al de su hermana pues ellos la habían celebrado en la cálida isla de Kauai. En los jardines de la casa que Daniel tenía allí. Recordaba el aroma de las hermosas flores de lei que habían decorado el cenador, bancos y mesas de la celebración. La música suave de los ukeleles, la comida tradicional hawaiana, exquisita y exótica, y, sobre todo, la mirada embelesada de su marido recorriéndola de arriba abajo, deleitándose en cada uno de sus gestos. Recordó sus manos tomándola por la nuca en el momento del beso, atrapando su aliento de manera posesiva e íntima. Había hecho vibrar cada célula de su cuerpo con aquel beso, muestra tangible de su mensaje de que era suya. Se emocionó ante los recuerdos y decidió comenzar el paseo antes de caer en la tentación de volver a subir y dejarse llevar de nuevo por la pasión que le hacía sentir su marido. Cogió a *Brook* en brazos y comenzó a cruzar la calle en dirección al parque cuando sonó su teléfono.

—¿Dónde estás? —le preguntó el dueño de sus pensamientos en tono preocupado.

—Estoy sacando a *Brook* —le contestó ella obviando la urgencia que mostraban las palabras de Daniel.

—¿Por qué no me has esperado? Andy, ¿qué te pasa? ¿Estás evitándome?

“Chico listo”, pensó Andy con una mueca.

—¡Cariño, no hago nada de eso! —mintió—. Este es un día especial para mí. Se va a casar mi hermana... Estoy nerviosa y emocionada. Quiero terminar rápido las tareas de esta mañana e ir para su casa, no estaré tranquila hasta que no esté con ella ayudándola en todo lo que necesite.

—Lo entiendo. No tardes, cuando regreses, Bella y yo ya estaremos preparados esperándote —dijo él presto a ayudarla y Andy sonrió dulcemente. Daniel era un padre amoroso y un marido perfecto. Tal vez todos sus temores con respecto a su reacción fuesen infundados y no se debiesen más que a las inseguridades que le provocaba el embarazo.

—No tardaré, lo prometo.

—Bien, te espero. Y Andy... te amo.

—Lo sé, mi amor, yo también te amo —le dijo y colgó pues ya se había emocionado y estaba a punto de romper a llorar.

Daniel se quedó mirando unos segundos el teléfono. Puede que Andy estuviera nerviosa por la celebración de la boda de Julia, la llegada de su mejor amiga, Natalie, y los acontecimientos que los esperaban aquel día, pero había algo más. La conocía y sabía que le ocultaba algo. Y no lo podía entender. Andy y él tenían una relación de completa confianza. Se lo contaban todo y compartían todas las preocupaciones. El hecho de que ella no le hubiese contado lo que le rondaba por la cabeza solo podía significar una cosa, no era nada bueno. Tendría que interrogarla más tarde, pero mientras esperaba a que regresase, mataría el tiempo llamando a su mejor amigo y futuro cuñado.

—¿Qué pasa, tío? —le preguntó nada más descolgar Alan el teléfono—. ¿Nervioso?

—Un poco, la verdad, para qué te lo voy a negar —le dijo Alan con una pequeña risa.

—Ya me imagino, el día de mi boda yo estaba de los nervios, solo podía pensar en que Andy no saliese corriendo —dijo con una carcajada.

—Vaya, eso era lo único que no se me había pasado por la cabeza que podría pasar. Gracias, tío, ahora no voy a pensar en otra cosa —le dijo su amigo en tono tenso.

La carcajada de Daniel retumbó al otro lado del hilo telefónico.

—¿Has llamado para algo más que para ponerme nervioso el día de mi boda? —bromeó Alan.

—No, básicamente era eso, recuerda que tú me hiciste un favor parecido el día de la mía —le dijo Daniel recordando que aunque Alan no había podido asistir a su boda, se había pasado los días previos gastándole bromas sobre si Andy se lo pensaría mejor y lo abandonaría.

—¡Qué vengativo! Pensaba que ya se te habría olvidado —dijo quitando importancia al asunto.

—Casi, casi se me ha olvidado ya, pero tranquilo que no he llamado para torturarte, quería preguntarte una cosa...

—Dispara —lo incitó a hablar Alan.

—¿Sabes si Julia y Andy han hablado últimamente...?

Alan hizo una mueca sorprendido con la pregunta.

—Daniel, sabes que se pasan el día al teléfono, ¿a qué viene esta pregunta? ¿Pasa algo?

—No, bueno... Me preguntaba si Julia te había comentado algo que le hubiese dicho Andy...

—¿Eres consciente de lo vagas que resultan tus preguntas esta mañana? —se rio Alan.

Daniel lo acompañó en las risas, sabía que era cierto. Quizás estaba paranoico, y Andy le había dicho la verdad, que estaba emocionada y nerviosa por su hermana. Pero no podía evitar tener la sensación de que algo no iba bien.

—Perdona Alan, sé que son preguntas raras —resopló pasándose las manos por el pelo rubio, que llevaba más largo de lo normal llegándole por debajo de la barbilla—. Es solo que Andy está un poco rara últimamente y pensé que tal vez le habría contado a Julia qué le pasa.

—Pues Julia no me ha dicho nada, pero, de saberlo, tampoco creo que me lo hubiera, ya sabes, lealtad de hermanas —dijo riendo—. ¿Por qué no se lo preguntas a ella directamente?

—Ya lo he hecho, pero nada. Bueno, olvídale. No será nada. Siento haberte molestado con esto el día de tu boda.

—No pasa nada. ¿Cuándo venís? —preguntó Alan mirando su reloj.

—En cuanto llegue Andy de pasear a *Brook*. Espera, parece que entra por la puerta, te dejo. Nos vemos en un rato. Un abrazo, tío, y, por favor, no le digas nada a Julia de esto, son tonterías.

—Vale, como quieras. Nos vemos en un rato. Hasta luego —dijo Alan colgando el teléfono y



preguntándose si realmente Daniel lo creería así.

Daniel y Alan se habían hecho amigos cuando este lo contrató para llevar la campaña de publicidad de su cadena hotelera y de turismo. Se habían hecho amigos al instante, y cuando se enamoró de la hermana pequeña de Andy temió que su protector amigo, conociendo su fama de mujeriego, le partiese las piernas. Había amenazado con hacerlo, pero después de explicarle que estaba enamorado de ella y que pensaba hacerla su mujer, le dio su bendición. Daniel era lo más parecido a un hermano que tenía, algo que como hijo único no había tenido, y se alegraba de que los lazos se estrecharan aún más con aquella boda.

# Capítulo 6

## Robert. Un engranaje del destino

Robert llegó al aeropuerto solo unos minutos antes de la hora de llegada establecida para el vuelo de Natalie y Tucker. Por lo que después de aparcar, se dirigió sin esperar a la salida que indicaban los paneles de información. Esperó observando a la gente atravesar los pasillos de la terminal. El aeropuerto era un hervidero de personas que iban a y venían en todas direcciones. Gente de lo más variopinta; familias que esperaban a más familiares, hijos que esperaban a padres, padres a hijos, parejas, amigos, personas que llegaban o se iban en viajes de negocios. No le gustaba mucho estar allí. Las masas de gente lo ponían nervioso. Eran difíciles de controlar, y como detective que era, sabía lo peligrosa que era una masa sin control. Cualquier acontecimiento en una situación así llevaba al caos.

Para no dejarse llevar por su instinto policial y dedicarse a inspeccionar a cada una de las personas que pasaba por la terminal, buscando cosas extrañas, se puso a pensar en los amigos a los que esperaba. Era curiosa la forma que tenía la vida de dar vueltas y vueltas, hasta hacer encajar a dos personas en el mismo momento, en el mismo punto de la rueda, para que pudiesen formar parte del destino la una de la otra. Ese había sido el caso de Natalie y Tucker. Y estaba contento de haber sido uno de los engranajes del destino para unir a aquella pareja en concreto, pues ambos eran amigos suyos desde hacía años.

Natalie era la mejor amiga de su hermana Andy, y amiga de Julia también. Cuando él terminaba la universidad, Andy y Natalie, la comenzaban y decidieron irse a vivir juntas. Él siempre había sido muy protector con sus hermanas y saber que vivían aquellas dos chicas solas, no le hacía sentir seguro en absoluto, de manera que se dejaba caer de tanto en tanto, con cualquier pretexto por el apartamento de ambas para echarles un vistazo. Algunas veces las llevaba a cenar, otras al cine, y se interesaba por saber que no ocurría nada en sus vidas que mereciese su intervención. En aquella época pudo conocer bien a Natalie, que le pareció una chica estupenda. Entendía que Andy le tuviese un gran cariño, pues le había parecido una persona entregada a sus amigas, con un gran corazón, cariñosa y muy preocupada por su hermana. Era también muy responsable y habladora. Enseguida le había contado los planes que tenía para su vida, que quería dedicarse a ayudar a la gente, especialmente a niños con problemas. Durante aquellos años, habían entablado una bonita amistad. Natalie se convirtió en parte de su familia y, aunque su marcha de Nueva York había hecho que dejase de verla con frecuencia, le había gustado mantenerse informado sobre cómo iba su vida. Así había conocido su programa con niños con problemas y la utilización de la equinoterapia como herramienta para solucionarlos. Le había parecido una gran idea y no dudó en recomendársela a Tucker, cuando este la necesitó.

Tucker y Robert eran amigos desde hacía unos seis años, cuando el primero fue a vivir durante unos meses a Nueva York por motivos de trabajo. Durante su estancia, Tucker frecuentaba un bar al que él solía ir los viernes con algunos compañeros de la comisaría a tomar unas cervezas. Allí se conocieron y comenzó su amistad a raíz de una pelea entre borrachos, en la que Tucker intervino para evitar que le dieran con una silla en la cabeza por la espalda. Se rio al recordar los hechos, la forma tan curiosa en la que sucedían las cosas. Cuando casi cuatro años atrás llamó a su amigo para darle el pésame por la muerte de su hermano, este le contó el caso de Tommy, su sobrino, que había dejado de hablar. No tuvo ninguna duda en recomendarle la terapia de Natalie. Sabía que ella trataría al muchacho con

cariño. Y haría cuando pudiese por ayudarlo. Lo que nunca imaginó es que aquella terapia uniría a dos de sus amigos de aquella manera. Cuando su hermana Andy le contó que Natalie y Tucker se habían enamorado y se iban a casar no lo podía creer, aunque se alegraba mucho por ellos, pues sin duda eran dos personas estupendas que se merecían la una a la otra.

Miró su reloj con impaciencia y volvió a observar las puertas por las que deberían salir los pasajeros tras el desembarque justo en el momento en el que los primeros hacían acto de presencia. Al momento, la gente que se congregaba a su alrededor esperando también a sus seres queridos, se apelotonó junto a la puerta, buscando la primera línea de visión. Por suerte su metro noventa y cinco, le facilitaba ver la puerta sin tener que entrar en el pelotón. Varias familias salieron en primer lugar. Un hombre con un maletín, una pareja mayor, otra que parecían recién casados por los achuchones y besos que se prodigaban, un grupo de chicos jóvenes alborotados y por fin vio a Natalie que portaba una niña en brazos de casi la edad de Mat, y a Tucker a su lado, acompañado del que debía ser su sobrino Tommy, adivinó por lo mucho que se parecía a su tío. Levantó las manos sobre su cabeza, haciendo señales a la familia, y en unos segundos, captó la atención de Tucker que lo divisó también entre la gente.

—¡Dios, Robert! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué bueno verte de nuevo! —le dijo Tucker llegando a su altura y dándole un fuerte abrazo.

Los hombres se sonrieron contentos.

—¡Quita, cariño! ¡Qué yo también llevo mucho sin verlo! —le dijo Natalie a su marido apartándolo de Robert y ocupando su sitio entre sus brazos.

—¡Dios mío, Nati, estás preciosa! ¡Vaya, cómo me alegro de verte! —le dio dos besos en las mejillas y se paró a observar a la pequeña que cargaba en sus brazos—. ¿Y esta es Maria?—preguntó agachándose para verle el rostro.

Maria se escondió tras sus rizos y mostró una sonrisita vergonzosa.

—Perece que le gustas. Solo se vuelve tímida ante los chicos que le gustan —apuntó Natalie mientras sonreía a su hija que seguía observando a Robert entre sus rizos.

—Y tú debes ser Tommy —saludó Robert al chico junto a Tucker extendiéndole la mano.

Tommy estrechó su mano dándole un apretón.

—¡Vaya, eres un tipo duro, como tu tío!

—Sí que lo es —dijo Tucker revolviéndole el pelo a su sobrino riendo.

Tommy se apresuró a colocárselo y resopló.

Todos rieron.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Robert indicándoles el camino que debían tomar para llegar a la salida.

—Ha ido bien. Casi todo el tiempo hemos estado durmiendo. Los chicos habían madrugado mucho y estaban exhaustos. Y la salida ha sido rápida por no tener que llevar el equipaje.

Mientras Tucker contestaba y hacía que su familia lo siguiese por los pasillos, él iba atento a todo, quedándose al final del grupo. Miró hacia atrás y vio que el trajeado del avión los seguía a cierta distancia. Volvió la vista al frente rápidamente y aceleró el paso para apremiar al grupo a salir del aeropuerto. Pensó que tal vez debería contar a Robert, lo que le estaba sucediendo, pero no quería preocupar a nadie en exceso. Ni que Natalie y los niños se asustaran. Por lo que se concentró en que salieran de allí lo antes posible. Pero no resultaba sencillo pues había mucha gente. El ambiente era completamente navideño. Por el hilo musical se escuchaban villancicos, por encima del abundante ruido de las voces de la gente. Tommy frente a él, chocó con un par de personas y una de ellas lo agarró del brazo, Tucker se apresuró a soltarlo, miró al tipo y sujetando al chico de la mano, lo

apremió a andar. Robert más adelante hacía lo propio con Natalie y Maria, rodeándolas y guiándolas a la salida. Por suerte no llevaban equipaje que cargar y eso facilitaba bastante las cosas.

Cuando llegaron a la calle, el frío helado se les metió en los pulmones. El aparcamiento, repleto de coches, tenía aún abundantes restos en el suelo y capós de los coches, de la nieve que había caído los días anteriores, que ahora resplandecía bajo un cielo brillante y despejado. En unos minutos llegaron hasta el monovolumen de siete plazas que utilizaba su madre para el trabajo. Suzanne se había embarcado hacía un par de años en el negocio de las reformas de muebles. Los restauraba y acondicionaba para una amiga que tenía una tienda de antigüedades. Cuando tenía que desplazar la pieza que había restaurado, lo hacía en aquel enorme monovolumen que a Robert tan bien le había venido aquella mañana, porque en su Camaro, jamás habrían podido entrar todos.

Abrió el vehículo e indicó a Natalie donde estaba la sillita de Mat, para sentar a Maria. Tommy y Natalie se sentaron atrás junto a ella, y Tucker a su lado, en el asiento del copiloto.

—¡No puedo creerme que esté de nuevo aquí! —dijo Natalie entusiasmada mirando a su alrededor, mientras salían del aeropuerto—. Me encanta esta ciudad —añadió señalando por la ventana de Tommy para que él viese las cosas que a ella tanto la emocionaban. Recordaba la época en Nueva York como una de las más bonitas de su vida y tenía grandes recuerdos.

—¿Te gusta, Tommy? ¿Habías estado aquí antes? —le preguntó Robert al chico.

—No, jamás —dijo mirando por la ventana—. Hay mucha gente, esto es muy distinto—apuntó.

—Sí que lo es. Nueva York es la ciudad que nunca duerme. Está viva las veinticuatro horas del día.

—Mi tío dice que eres policía...

—Detective, sí —le aclaró Robert.

—¿Llevas pistola? ¿Has matado a alguien?

—¡Tommy! —lo reprendió Natalie.

—¿Qué? ¡Solo quería saberlo! —dijo él chico sin entender por qué no podía preguntar.

—No pasa nada, todos preguntan lo mismo. Cada vez que grupos de estudiantes vienen a la comisaría o hacemos campañas en los colegios, es la pregunta que más nos hacen. En mi caso Tommy, sí, he tenido que matar a personas.

—¿Y te arrepientes? —preguntó con la misma naturalidad.

Natalie resopló.

—No, no me arrepiento. Estaba evitando que hicieran daño a personas inocentes. Por ayudar a una persona inocente haría lo que fuese necesario. Es mi trabajo, ¿lo entiendes?

Tommy afirmó inmediata y enérgicamente con la cabeza.

—Bien, cambiemos de tema —dijo Natalie—. ¿Sigues con aquella chica tan simpática con la que salías en la universidad?

La imagen de Katherine vino a la llenar la mente de Robert al instante.

—No, hace años que terminamos —contestó un poco seco.

—¡Qué pena! Era un encanto. Me caía muy bien. Cuando venías a vernos con ella, lo pasábamos en grande. La recuerdo muy habladora y con mucho carácter. Siempre escuchaba nuestras historias sobre los chicos. Era encantadora.

—¿Sabes? Ahora sigue haciendo lo mismo.

—¿El qué? —preguntó ella con curiosidad.

—Escuchar a la gente. Acaban de contratarla, hace un par de meses, en una de las revistas más importantes de esas de chicas. ¿Cómo se llamaba...? ¿QBV?

—Sí, hay una que se llama así, ¿y qué hace allí? —siguió preguntando Natalie muy interesada.

—Es algo así como una “doctor amor”. Yo no tenía ni idea de lo que significaba, pero mi hermana

Julia me explicó que tiene una columna a la que muchas mujeres le envían cartas contándoles sus problemas amorosos y ella las intenta ayudar dándoles consejo. En muy poco tiempo se está haciendo muy popular. Parece que le va bien y no me extraña. Kati siempre supo llegar a la gente —dijo con cariño.

—¡Qué interesante! No lo sabía.

—Yo me he enterado por Andy y Julia, siguen viéndola frecuentemente, sobre todo Andy. Se hicieron muy amigas y quedan para desayunar de vez en cuando y contarse sus cosas.

—¡Y entonces tú no estás ahora con nadie? —le preguntó Natalie curiosa.

—¡Natalie! —la recriminó Tucker.

—¡No quería ser cotilla! Es que me parece increíble que un hombre como tú ande en esta ciudad repleta de mujeres sin pareja —dijo Natalie encogiéndose de hombros.

—¿Qué quiere decir eso de un hombre como él?— preguntó Tucker falsamente celoso.

Robert y Natalie se rieron.

—La verdad es que hace tiempo que no tengo muchas ganas de salir con nadie. Mi trabajo es peligroso y no me apetece tener a alguien en casa preocupándose por mí cada día, como hacía mi madre con mi padre—dijo Robert, y su tono se apagó ligeramente al nombrar a su padre.

—Lo entiendo —dijo Natalie. Pero no podrás estar solo para siempre. Tarde o temprano la mujer adecuada llegará a tu vida y te romperá los esquemas —añadió con una sonrisa, como si supiese exactamente que así sucedería.

—Mi mujer es una romántica incorregible —dijo Tucker—, pero suele tener razón siempre. Yo me iría preparando —le advirtió levantando un dedo a su amigo.

—Tomo nota, aunque por el momento, no creo que suceda —apuntó Robert riendo.

Natalie lo miró a través del espejo retrovisor. Realmente le resultaba extraño que Robert estuviese solo. Era un buen hombre con un físico arrollador. Rubio, con una estatura que rondaría el metro noventa y cinco. Los ojos verdes, la mandíbula marcada, la nariz recta, los labios ligeramente llenos. Era de complejión fuerte y llevaba el cabello un poco largo, casi hasta los hombros, y más corto por delante. Era muy guapo y además, aunque no tuviese nada que ver con su interior, tenía esa pinta de malote que tanto les gustaba a las mujeres. Vestía vaqueros y cazadora de cuero negra. Irradiaba un aire de seguridad que resultaba un imán para las chicas. Realmente, no entendía por qué no tenía pareja. ¿Seguiría enamorado de la hermosa Katherine?

Sus divagaciones quedaron en el aire cuando Maria comenzó a chillar junto a ella. Estaban en el centro de la ciudad y su pequeña señalaba una cosa tras otra, fascinada con las luces y las decoraciones navideñas que ofrecía el centro de Manhattan, especialmente engalanado en esas fechas. Los escaparates de las jugueterías eran reclamos impactantes para los niños. En cada esquina un Papá Noel. Los árboles de navidad, los paquetes gigantes vestidos de brillantes colores con lazos enormes que decoraban algunas fachadas. Era todo maravilloso a los ojos de su pequeña. Pararon en un semáforo y tanto Tommy como Maria comenzaron a hacer una lista de todos los sitios que querían visitar en los próximos días. Natalie reía con ellos, contándoles algunos más que debían añadir.

Robert observaba divertido como los niños miraban a un lado y a otro embelesados con el espectáculo que ofrecía Manhattan esos días, cuando se detuvieron en un semáforo. Llevaba varios kilómetros concentrado en la conducción y observando a un vehículo que les seguía a una distancia prudencial. Había hecho unos cuantos cambios de sentido que justificó con Natalie y Tucker como atajos que tomar debido al tráfico, pero lo cierto es que necesitaba comprobar si realmente los seguían. Y ya lo tenía claro. Aprovechó la parada del semáforo para anotar en su teléfono móvil la matrícula del vehículo y prosiguió con la marcha.

—¿Cómo está Julia? —interrumpió Natalie sus pensamientos un rato después—. ¿La ves nerviosa?

—No sé, imagino que lo estará como todas las novias, pero la verdad es que estos días no la he visto muy alterada. Tan solo esta mañana, por unas llamadas raras que dijo que había recibido en casa... —dijo casi más para él que para informar a Natalie. Miró de reojo a Tucker que parecía un poco tenso en el asiento del copiloto mirando por la ventanilla.

—¿Unas llamadas raras? —preguntó Natalie que sí lo había oído.

—Nada preocupante, se equivocaron de casa varias veces, pero por lo demás, la he visto bastante bien. Alan y ella llevan más de un año viviendo juntos, ya se conocen lo suficiente para saber que las cosas les irán bien. Mi hermana está muy feliz y ahora podrás comprobarlo tú misma, estamos llegando —les anunció señalando el camino que llevaba hasta la gran verja que anunciaba la entrada a la mansión.

Natalie se quedó con la boca abierta al ver la casa de Alan y Julia. Sabía que era grande, pero no esperaba que tanto. Era una construcción enorme, con un porche con columnas blancas que franqueaban la entrada. Una escalinata blanca, llevaba hasta la puerta. En cuanto se detuvo el coche frente a la escalera, Alan y Julia salieron a recibirlos con el pequeño Mat cogido de la mano, que en cuanto vio bajar a su tío Robert del vehículo se tiró a sus brazos a recibirlo.

Natalie, Tucker y los chicos bajaron también del coche y comenzaron con los abrazos y los besos, unos de bienvenida y otros felicitando a los primeros por el compromiso e inminente matrimonio. Mientras los demás se entregaban al alboroto de la bienvenida, Robert se hizo a un lado con su sobrino en brazos. Sacó su móvil del bolsillo y marcó el número de su compañero, que no tardó en cogerle la llamada.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Me echas de menos hasta en tu día libre? —le dijo su compañero al otro lado del teléfono.

—¡Claro, no puedo vivir sin ti, ya lo sabes! —le contestó Robert bromeando—, pero te llamo porque necesito que hagas algo por mí. ¿Puedes hacer que me comprueben la matrícula de un Impala negro mate?

# Capítulo 7

## Andy y Daniel. Un penique por tus pensamientos

De camino a la casa de Alan y Julia, Daniel observó con preocupación a Andy que se mantenía en un incómodo silencio. Estaba seria desde que había vuelto del paseo con *Brook*. Se había comunicado con él lo mínimo, y eso solo podía significar que algo le rondaba por la cabeza. A veces a su mujer le pasaban estas cosas. Le preocupaba algo y durante unos días se encerraba en sí misma hasta que mascullaba aquello que la preocupaba y finalmente terminaba por compartirlo con él. No le gustaba cuando la veía así. El último año, aunque había sido maravilloso por la experiencia que la paternidad había significado para ellos, también sabía que había sido duro para su mujer, que disfrutaba mucho con su trabajo y había tenido que dejarlo para ocuparse de Bella. Era una decisión que había tomado ella, quería estar con su hija, pero sabía que una parte de Andy se sentía frustrada por no poder trabajar. Daniel la había visto debatirse por aquel tema una y otra vez. En ocasiones ella le había dicho, que había momentos del día en los que sentía que se había perdido un poco de sí misma, pero después veía a Bella y todo cambiaba. La había visto tan contrariada que pensó que necesitaba un descanso y volver a tomar perspectiva de las cosas. Y se le ocurrió planificar un viaje a las islas.

Iba a ser estupendo estar allí de nuevo con ella. Los dos solos, disfrutando y relajándose unos días. Bella iba a quedarse con su suegra que llevaba meses pidiendo que se la dejaran. Sabía que, aunque Andy ansiaba un poco más de tiempo para ella, estar sin la niña, le iba a resultar muy duro, pero esto también la ayudaría a decidir qué hacer y cómo organizar su vida, los próximos meses.

Había preparado aquel viaje al detalle, incluyendo todas las actividades que Andy había disfrutado cuando fueron juntos por primera vez y algunas que se les habían quedado pendientes en los sucesivos viajes. Estaba deseando verla completamente relajada y disfrutando como la primera vez. La recordó allí, vestida con uno de aquellos *muummuus*, el vestido tradicional, con el cabello largo, suelto, hasta el final de la espalda, los pies descalzos, caminando sobre la arena de la playa. Lo miraba con sus precisos ojos ambarinos y le sonreía como entonces.

La observó junto a él, estaba callada, con la mirada perdida en su ventanilla. Miraba las calles por las que pasaban con el ceño ligeramente fruncido y gesto ofuscado.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo sonriendo.

—No valen un penique —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Yo pagaría millones por estar en esa cabecita tuya —le dijo él tocándole la rodilla.

Andy puso una de sus manos sobre la de su marido. Tenía la piel suave y cálida. Le encantaba su contacto, le fascinaba cómo reaccionaba a él cada vez que la tocaba. De repente volvieron a invadir su mente unas ganas enormes de comer fresas. Le daba igual con qué acompañarlas; con azúcar, con nata, con helado, con zumo de naranja... Pero quería fresas, enormes y rojas. Jugosas, de carne prieta e interior dulce. Se deleitó imaginando que mordía una y su jugo invadía sus papilas, llenando su boca de su sabor. Quería fresas, ¡y las quería ya! Soltó a Daniel para agarrarse la tripa con ambas manos y torció el gesto. Aquel niño tenía unos gustos muy particulares. Fresas en Navidad, ¡qué ocurrencia! ¿¡Cómo iba a conseguir ella fresas en Navidad si no era temporada y era el día de la boda de su hermana!?

—¿Te duele el estómago? —le preguntó Daniel que había observado su gesto mientras se acariciaba

el vientre.

Andy se tensó de repente.

—¡No! No me duele el estómago —le dijo en un tono más duro del que pretendía utilizar.

Daniel la miró perplejo, pero en ese momento sonó su teléfono móvil y fue salvada por la campana.

—¿Diga? —contestó aliviada por no tener que dar una explicación a Daniel de su extraña reacción.

—¡Hola, niña! ¿Qué tal? ¿Estás ya con Julia? —le preguntó Katherine al otro lado del teléfono.

Katherine era la exnovia de su hermano. Hacía ya varios años que habían terminado, pero Robert no había vuelto a salir en serio con nadie desde su ruptura. Andy y ella se habían hecho muy amigas durante los años que duró su relación y habían mantenido la amistad desde entonces. Cada mes, por lo menos un domingo, se reunían con el resto de chicas que formaban el grupo, para desayunar en Sack's, un sitio con una pinta un poco retro que ofrecía los mejores desayunos de la ciudad. Hacía quince días que no veía a Katherine, pero estaba invitada a la boda, pues también era amiga de Julia. Por lo que se sorprendió al recibir su llamada.

—No, aún no he llegado a su casa. En unos diez minutos estaré allí. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Sí, me temo que sí. Estoy en Reno. Me ha tocado venir para hacer unas entrevistas especiales para un reportaje de Navidad. Y no he terminado a tiempo. Tengo que quedarme hasta mañana, por lo que no podré asistir a la boda. He llamado a Julia unas cuantas veces para avisarla y desearle un gran día, pero su teléfono no deja de comunicar. Es imposible contactar con ella —le dijo Kati con pesar.

—No te preocupes, yo le avisaré en cuanto llegue. Debe estar pegada al teléfono dirigiendo los preparativos de la boda. Imagino que mañana será más fácil que hables con ella.

—Sí, mañana la volveré a llamar.

—¡Qué pena que no puedas venir! Julia se sentirá decepcionada y algunos más de nosotros también... —dejó caer Andy con picardía. Andy siempre había tenido la esperanza en el fondo de que su hermano y Kati se reconciliaran. Y había pensado que cuando se viesen en la boda, tal vez, la chispa volviese a surgir.

—Ya sé que para ti la boda no será lo mismo sin mí —le dijo su amiga riendo y eludiendo de esta manera su comentario—, pero la semana que viene, antes de que te vayas de viaje, nos vemos sin falta. No te dará tiempo a echarme de menos —rio Katherine al teléfono con ganas.

Andy la acompañó en las risas.

—Bueno, niña, pues te dejo. Pasadlo muy bien y dale recuerdos de mi parte a toda tu familia...

—No dudes que lo haré —le contestó Andy—. Un beso.

—Un beso —se despidió de igual manera Katherine.

Andy colgó el móvil y quedó unos segundos mirando la pantalla.

—¿Malas noticias? —le preguntó su marido sacándola de sus pensamientos.

—Sí —suspiró con resignación—. Kati no podrá venir a la boda. El trabajo se lo impide —dijo acompañando sus palabras con una mueca de decepción.

—¡Vaya, cariño! Lo siento, pero hoy será un día estupendo de todas formas. Estamos a punto de llegar, y tu hermana y Natalie te esperan.

—Tienes razón, será un día estupendo —dijo viendo ante ella la gran verja de la entrada de la casa de Alan y Julia—. Un día estupendo —volvió a repetir esta vez intentando convencerse a sí misma mientras se acariciaba sin darse cuenta el vientre nuevamente.



# Capítulo 8

## La familia al completo. Ellas dicen, ellos dicen

Cuando Daniel, Andy, Bella y Brook entraron en la casa de los novios, no había nadie para recibirlos. Tan solo les abrió la puerta Martin, el chófer de Alan, que les informó de que los estaban esperando en los jardines traseros. Nada más salir por las puertas del salón que daban a estos jardines, Andy fue secuestrada por Natalie y Julia que la abrazaron y achucharon.

—¡Ya estamos las tres juntas! ¡No me lo puedo creer, por fin estamos las tres juntas! —repitió Julia emocionada. Las tres mujeres se cogieron de las manos, se abrazaron, y después comenzaron a analizarse las unas a las otras.

—Estás preciosa hermanita —fue Andy la primera en apreciar la belleza de su hermana, especialmente radiante aquel día.

—Eso mismo le estaba diciendo yo, que parece que brille con luz propia; la piel, la mirada... Está espectacular —confirmó Natalie.

—Me siento espectacular y radiante, y espero que Alan lo vea como vosotras. Debe ser la felicidad, nunca he estado mejor antes. Tengo cuanto he deseado siempre y hoy voy a casarme con el amor de mi vida —dijo mirando a su futuro esposo, rodeado como ella, de sus amigos.

Se habían formado dos grupitos; los chicos y las chicas, incluso los niños, habían elegido su bando. Maria estaba con Natalie y Tommy con Tucker, tan solo Bella, había cambiado de equipo prefiriendo permanecer en brazos de su padre.

—¡Pues si para estar así de guapa hay que casarse yo me caso de nuevo ya! —dijo Natalie riendo.

—No te hace ninguna falta, ¡estás preciosa! —le dijo Julia observándola de arriba abajo. El matrimonio y la maternidad te han sentado increíblemente bien. ¡Y mira que figura se te ha quedado! —añadió Julia, haciéndola girar para que pudiesen ver su delgado y tonificado cuerpo.

Las chicas rieron.

Me temo que en el rancho con la cantidad de trabajo que hay que hacer, montar a caballo, los niños y el campamento lo difícil hubiese sido quedarme con los kilos que cogí en el embarazo, que fueron unos cuantos, pues Maria me atiborraba con sus tartas, galletas y caprichos culinarios.

En el momento en que Natalie nombró a Maria, la sombra de la tristeza, se paseó por sus ojos. Julia y Andy la abrazaron.

—Lo sentimos —Andy fue la primera en hablar—. Debes echarla mucho de menos —añadió sin soltarla.

—Sí, mucho. La recuerdo en todas partes en el rancho, pero sobre todo en la cocina. Es muy doloroso saber que nunca más volveré a verla allí, entre sus cacharros, cuencos y masas. Me sonreíré con aquella sonrisa limpia y preciosa y me dará un beso de buenos días. Los primeros días después de su muerte, fueron durísimos, pues fue imposible para mí, hacerlo real en mi mente. No podía dejar de pensar en por qué la gente era capaz de vivir su vida como si no pasara nada. El mundo no podía seguir girando tan normal, si ella ya no estaba...

—Es lógico, la querías mucho, era una parte muy importante de ti —le dijo Julia.

—Sí, muy importante. Nunca había sentido algo semejante. La muerte de mi padre no fue igual para mí —confesó Natalie.

—Tampoco tu relación era la misma con él. Es lógico que no te sintieses igual. Con tu padre, a su muerte, lloraste la relación que podía haber sido, lo que podíais haber tenido si las cosas hubieran sido diferentes, pero con Maria lo tenías todo. Ella fue la persona más importante para ti toda tu vida.

Natalie sintió que le brillaban los ojos y su pequeña Maria le cogió el rostro con sus manitas.

—¿Mami tiene pupa? —le preguntó la niña mirándola muy atentamente.

—No, cariño, mami ya no tiene pupa —mintió para su pequeña—. Ellos han sido los que me han levantado cada día, y han hecho que mengüe el dolor. Tommy y Maria son espectaculares. Tenerlos conmigo y verlos crecer cada día es el mejor regalo del mundo. Y Tucker fue fabuloso también, siempre preocupado por mí. Aunque últimamente la preocupada soy yo.

—¿Y eso? ¿Os pasa algo? —le preguntó Julia invitándolas a sentarse a una preciosa mesa redonda de forja blanca cubierta con un mantel de fino hilo blanco. Las sillas eran de ratán, y también vestían mullidos cojines con puntillas y encajes. Era un conjunto muy bonito y romántico.

—¡No! Entre nosotros todo está bien, pero cada día trabaja más, pasa más tiempo en la oficina, no descansa bien y parece tenso y preocupado —dijo mirando de reojo a su marido que hablaba con sus amigos sonriendo, pero aun en esa situación, la tensión de sus hombros denotaba que algo le preocupaba.

—¿Y a ti, hermanita? ¿Qué pasa? Estás un poco ojerosa, pareces cansada —le dijo Julia a su hermana.

—Yo necesito comerme unas fresas —soltó sin miramientos haciendo una mueca.

Julia y Natalie comenzaron a reírse sin parar.

—No le veo la gracia, la verdad. Necesito comer fresas, no pienso en otra cosa en todo el día.

—¿No piensas en otra cosa en todo el día? —le preguntó Natalie abriendo los ojos como platos.

—Sí, ahora mismo me duele la tripa solo de pensar en ellas. Quiero enormes y jugosas fresas. Frescas y dulces, nada de esas congeladas ni nada con sabor a fresa. ¡Quiero fresas!

—¡Estás embarazada! —dijo Natalie entusiasmada sin tener ninguna duda.

—¡Shhh! —la instó a callar Andy colocándole el dedo índice en los labios.

—¿Por qué, es un secreto? —preguntó Natalie, al tiempo que Julia repetía:

—¿Estás embarazada? —con ojos desorbitados y boca desencajada.

—¡Vaya par de dos! Sois superdiscretas, ¿eh, guapas? —miró al grupo masculino que seguía con sus temas, sin haberse percatado del revuelo que tenían ellas montado—. Sí, estoy embarazada, lo sé desde ayer, pero Daniel no lo sabe aún.

—¿Por qué? —le preguntó Julia emocionada con la noticia.

—Porque no sé cómo se lo va a tomar. Yo misma, no sé cómo me lo estoy tomando —Andy se miró las manos sobre el regazo pensando unos segundos—. Ahora que Bella ha cumplido un año, quería volver a incorporarme poco a poco al trabajo, al menos media jornada. Lo echo de menos.

—¿Y querer eso te preocupa? —le preguntó Natalie tomando las manos de su amiga, que no dejaba de mirarse.

—Un poco... ¿Me convierte eso en mala madre? —dijo levantando la vista y mirándola a los ojos.

—¡Por Dios, Andy, qué tontería! Eres una madre estupenda, pero también eres una mujer que adora su trabajo. Es difícil compaginar las dos cosas, eso es todo, estás en tu periodo de adaptación. Yo pasé por lo mismo con Mat y eso que no pasé por el primer año que es el peor por los horarios del pequeño. Es lógico que te sientas perdida, dividida y contrariada. ¿Pero tú quieres ese bebé?

—¡Claro que lo quiero! Es mi bebé, mío y de Daniel. Y eso es lo otro que me preocupa...

—¿Te preocupa que sea de tu marido? —Natalie se rio.

—¡Claro que no, boba! Me preocupa qué pensará Daniel de un nuevo embarazo. Lleva meses

organizando un viaje para estar los dos solos, con actividades que no podré realizar ahora en mi estado, esperando que Bella creciese un poco más para que tuviésemos más tiempo para nosotros...

—No estoy en la cabeza de Daniel... —comenzó a decirle su hermana—, pero lo he visto este año ser padre de Bella y es un padrazo; entregado y amoroso. Estoy segura de que va a ser feliz con la buena nueva. Es lógico que quiera pasar más tiempo contigo, a todos los padres nos pasa eso. Estamos divididos entre el tiempo con nuestros hijos y el necesario tiempo de pareja, pero lo solucionareis. Y esta nueva paternidad os hará muy felices, seguro. Ahora lo que tienes que hacer es decírselo.

—Lo sé, me siento tan extraña aún que lo he ido dejando para evitar un enfrentamiento, temiendo su respuesta, pero cada vez se hace más complicado no contárselo. Él se da cuenta de que me pasa algo, me pregunta y es mucho peor porque yo lo evito. ¡Y después está este niño pidiéndome cosas imposibles como fresas en Navidad!

Natalie y Julia comenzaron a reír con ganas mirando a su amiga y hermana.

—¡Ya has decidido que es un niño! —le hizo notar Natalie.

—Pues no me había dado cuenta... Pero es cierto, lo siento como un niño —dijo Andy con una sonrisa embobada.

—Perfecto, a Matt le encantará tener un primito con el que jugar al fútbol.

Y las tres se echaron a reír.

Al otro lado del jardín, los hombres se divertían gastando bromas al novio, como exigía la tradición.

—¿Has cerrado ya todas las puertas y ventanas de la casa con candados? Mi hermana puede ser muy escurridiza... —le decía Robert entre risas a su inminente cuñado.

—Sé que puede serlo, sí —lo acompañó en las risas—. Y no, no he puesto candados, pero tenemos un sistema de seguridad de primera. Si intenta salir de aquí, tendré alarmas, cierres de seguridad y cámaras que me dirán adónde se dirige y traerla de vuelta —añadió sin parar de reír.

—Un hombre de recursos... Está bien que sea así, los necesitarás todos con ella —volvió a bromear Robert.

—Nosotros tres lo tenemos todo controlado —le dijo Tucker a su amigo. Todos estamos pillados por estupendas mujeres. Eres tú el que corre riesgo en esta boda —comentó Tucker a Robert.

—¿Yo, por qué? —preguntó sorprendido.

—Ya sabes lo que se dice de las bodas... De una sale otra... Habrá muchas amigas solteras de tus hermanas deseando encontrar al hombre perfecto y tus hermanas están deseando hacer de casamenteras, seguro que te presentarán a unas cuantas.

Robert torció el gesto.

—Natalie también, ya la oíste en el coche con todas aquellas preguntas sobre la tal Katherine...

—¡Ah, bueno! Pues de esa es de la única que no tienes que temer. No va a poder venir —le dijo Daniel sorprendiéndolo.

No estaba seguro, pero imaginaba que había una posibilidad de que Julia la invitara.

—Ha llamado a Andy cuando veníamos, un asunto de trabajo en Reno le impide venir. Andy estaba muy decepcionada con la noticia, según parece tenía planes para ti con esa chica.

Robert tragó saliva.

—Pero imagino que ahora que su candidata principal no podrá asistir, se empeñarán en encontrarte otra pareja.

Robert cambió de color inmediatamente, tensándose y pasándose la mano por el pelo.

Sonó su teléfono móvil y se dispuso a cogerlo, no sin antes decir a sus amigos y cuñados:

—Con amigos como vosotros, ¿quién necesita enemigos? —y se alejó un poco del grupo para coger la llamada mientras escuchaba al resto de hombres reírse a su costa.

# Capítulo 9

## La familia al completo. Pasos en el tiempo

La mesa para la comida ya estaba preparada. Julia les había organizado un almuerzo especial en los jardines traseros. Que estaban esmeradamente decorados para la boda, aunque para sorpresa de los invitados Julia les dijo que ni la ceremonia ni la celebración se realizarían allí. Estaban todos expectantes y curiosos por saber dónde se haría dentro de la enorme propiedad de los novios, pero Julia guardó la sorpresa y por mucho que lo intentaron, no consiguieron que soltara prenda sobre la ubicación.

De momento tenían que conformarse con ver el bonito trabajo que había hecho con los jardines y en especial con el invernadero en el que disfrutarían del almuerzo. Un lugar mágico, fabricado por entero en cristal. Las juntas eran de metal cromado y brillante, que la luz del sol hacía resplandecer aún más. El techo a dos aguas, también de cristal, permitía desde el interior disfrutar del maravilloso cielo azul y la visión de las ramas de los árboles más cercanos en el jardín, pero lo más espectacular era el interior. En él, una generosa mesa redonda, que acomodaba sin dificultad a todos los comensales, presidía el espacio. La mantelería era de fino hilo blanco, las sillas de madera decapada y desgastada en blanco roto, cubiertas de cojines de hilo que se ajustaban a las sillas con almidonadas lazadas. La cubertería era antigua, con labrados en plata, la vajilla de porcelana blanca, y la cristalería fina y exquisita llevaba el dibujo grabado de dos pequeñas mariposas que se posaban en un tallo. Desde las esquinas del invernadero salían ramas desnudas de árboles, altas y espigadas que parecían querer salir por el techo de cristal, bebiendo de él los rayos del sol que lo templaban. De ellas pendían jaulas antiguas de pájaros en madera y metal, en distintos tonos de colores pastel. En el interior, velas adornadas con canela y pequeñas macetas de camelias en rosa palo, blanco y celeste. En una de las esquinas del invernadero, un enorme sofá de mimbre y cuatro grandes sillones, exquisitamente vestidos con cojines de lino, descansaban sobre una preciosa alfombra de lana de colores ocres. En el centro una mesa baja de madera rústica completaba el conjunto. Se quedaron impresionados por lo romántico, íntimo y sorprendente de aquel lugar.

—¡Julia, esto es precioso! —dijo con admiración Natalie sin poder evitar fijarse en los pequeños y grandes detalles de la decoración.

—Me alegro de que os guste. Es uno de mis lugares favoritos de la casa. Aquí es donde me escondo a leer siempre que puedo.

—Lo has dejado precioso, esta decoración de invierno es tan delicada... Aunque cuando lo vi en primavera, la explosión de color, me dejó boquiabierta —comentó Andy.

—Tienes que enviarme fotos en primavera, cuando la vuelvas a cambiar —le dijo Natalie a Julia.

—No dudes que lo haré. Ahora sentaos, que enseguida nos traen el almuerzo. Quería tener esta comida con mis seres más queridos antes de la boda, que siempre es una locura con tantos invitados. Pero aún no estamos todos... ¿Dónde se habrán metido...? —comenzó a preguntar Julia, cuando unas voces los sorprendieron llegando al jardín.

—¡Alo! ¡Ya estamos aquí, chicos! —dijo la animada voz de Pierce, haciéndose notar. Con el llegaban, Paul, la pareja de Pierce, y Suzanne, la madre de Robert, Andy y Julia.

Pierce y Paul eran como de la familia desde que hacía unos años, se convirtieron en los caseros de

Andy y Natalie cuando estas alquilaron uno de los pisos que había en su edificio en su época de universidad. Habían vivido allí mientras estudiaban sus carreras y luego Julia pasó a compartir piso con su hermana cuando Natalie se marchó a Texas. Y en aquel momento, el ocupante del apartamento no era otro que Robert.

Pierce era como una segunda madre. Siempre estaba pendiente de ellos, de si volvían cada día a casa, recogerles el correo, sacar a pasear a sus perros, vigilar sus compañías y asegurarse de que “sus niños” como él decía estaban bien. Paul era más callado. No se metía en nada, se limitaba a quererlos en silencio. Era saxofonista y su manera de comunicarse era la música. En ocasiones, todos habían comentado lo bien que se llevaban para lo distintos que eran.

Pierce entró en el invernadero impecablemente vestido en blanco y beige, estirando los brazos con grandes aspavientos, como si quisiese abrazarlos a todos a la vez. Aunque primero se dirigió a Julia, le dio dos pequeños besos, le pellizcó la mejilla y le dijo lo preciosa que estaba no tardó ni dos segundos en abandonarla, para dirigirse como un torbellino a Natalie.

—¡Dios mío, Nati! ¡Cuánto tiempo sin verte mi niña! ¡Estás preciosa! —le dijo abrazándola con fuerza.

Natalie se dejó abrazar y le presentó a su familia. Después llegó el momento de Suzanne que hizo lo mismo y, finalmente, Paul, que había empezado los saludos por los chicos. Unos minutos más tarde, cuando todos hubieron recibido su dosis de besos y abrazos, y los niños, todos los elogios posibles, Julia los invitó a sentarse a la mesa. Entonces uno a uno fueron entrando los seis camareros, que también serían los encargados de servir en la cena de la celebración de la boda. Iban cargados con enormes bandejas plateadas labradas, cubiertas con una blonda de encaje, sobre la que descansaban otras bandejas con la apetitosa comida.

Una de ellas llevaba una selección de setas y verduras cocinadas al horno con especias, otra, milhojas de foie con queso de cabra y miel. La tercera, espárragos confitados con huevas de salmón. La cuarta, una crema de alcachofas al tomillo y, finalmente, la quinta, un asado de pavo con relleno de castañas y naranja que los dejó exhaustos y más que satisfechos. Aun así, la mayoría no pudo negarse a servirse de la sexta bandeja, una degustación de distintos tipos de tartas.

La comida resultó una delicia, el servicio, impecable, y la conversación, animadísima; llena de anécdotas que pasaban de una boca a otra, sobre los años que habían compartido las tres amigas en la universidad. Sus peripecias, conquistas, tropiezos y algún que otro momento vergonzoso, que todos disfrutaron riendo de manera distendida. Pero al poco rato de finalizar esta, los más pequeños comenzaron a pedir su siesta. Y Julia acompañó a Andy y a Natalie al interior de la casa para acostarlos un rato. El día prometía ser muy largo y, de no descansar, por la noche estarían agotados para la ceremonia y posterior celebración.

Así que mientras los hombres se quedaban charlando, y Suzanne y Rose se iban a la cocina a tomar un té y vigilar que la preparación del *catering* fuese según lo previsto, las chicas acostaban a los niños en el dormitorio de Mat e iban después al de Julia, donde esta guardaba su vestido de novia que les quería enseñar.

Andy y Natalie se sentaron en el filo de la cama de Julia mientras esta sacaba de su vestidor un enorme perchero que se movía con ruedas y lo hacía rodar sobre la moqueta en blanco perla que cubría el suelo de la habitación.

—¿Estáis preparadas? —les dijo deteniéndose justo antes de abrir la cremallera de la funda que contenía el vestido.

Las dos sonrieron expectantes.

—¡Vamos no te hagas más la interesante. Aún no me puedo creer que no me hayas enseñado todavía

tu vestido! —le dijo Andy falsamente ofendida.

Julia rio con una risita traviesa.

—¡Vale! Allá voy. Una, dos, y... ¡tres! —dijo al tiempo que bajaba la cremallera y un par de vestidos de color champagne, aparecían ante ellas.

Los vestidos eran preciosos con un cuerpo ajustado con escote corazón y una falda de gran caída con una pequeña cola. Sobre la percha, una pequeña chaqueta de encaje en el mismo tono del vestido cubría la parte superior. De cada percha colgaba también una bolsa en papel de seda con los adornos para el cabello.

—¿Pero qué es esto? ¡Aquí no está tu vestido de novia! Creíamos que era lo que nos iba a enseñar —se quejó Andy.

—¿En serio creías que después de haberlo mantenido en secreto durante meses iba a estropear la sorpresa horas antes de la boda? —le dijo su hermana pequeña riendo.

—Muy graciosa, no se hace esto con una mujer en mi estado. Estoy demasiado sensible para que se juegue conmigo —se burló Andy.

Las tres se rieron llenado la habitación con sus risas.

—Son vuestros vestidos de damas de honor —les informó finalmente Julia. Había otro para Katherine, pero como no va a venir, seréis mis damas solo vosotras dos —añadió sonriente.

Natalie y Andy la miraron sonrientes y emocionadas.

—¡Oh, Julia! Muchas gracias, son preciosos —dijo Natalie mientras se acercaba al primer vestido y sostenía la delicada tela entre los dedos.

—Sí que lo son, muy bonitos. Y me alegro de ser tu dama, pensé que no me lo pedirías —añadió con una mueca su hermana—. Me lo quedo —dijo Andy tomando la percha con sus vestido —pero que conste que sigo enfadada por que no me hayas enseñado tu vestido —señaló levantando el dedo a modo de advertencia.

Julia rio con ganas.

—Lo sé, pero créeme, haré que merezca la pena la espera.

# Capítulo 10

## Julia y Alan. ¿Confías en mí?

—Fresas, sí, fresas frescas —repitió Julia al teléfono—. Ya sé que no es temporada y que resultará prácticamente imposible conseguirlas con tan poco tiempo, pero las necesito. Es cuestión de vida o muerte.

Alan caminaba por el pasillo en dirección a la cocina cuando escuchó que Julia hablaba con alguien por teléfono y su tono era apremiante y angustioso. Se detuvo unos segundos antes de entrar en la cocina.

—Sí, no puedo hablar ahora, la casa está llena de gente y no puede enterarse nadie. Tú solo haz lo que te digo. Las necesito para antes de la boda, así que no hay tiempo que perder. Cuando llegues a la puerta, llámame a mi móvil y yo te abriré para que nadie te vea llegar.

Julia hizo un silencio, escuchando a su interlocutor.

—Exactamente, no me falles, cielo. Eres un amor, te prometo que te compensaré si consigues rescatarme de esta —dijo, y terminó la conversación con una risita nerviosa.

Alan se quedó estupefacto en el pasillo. ¿Con quién había hablado Julia? ¿A quién llamaba cielo e iba a compensar por aparecer por sorpresa en su boda?

No le gustaron nada los derroteros que estaban tomando sus pensamientos. Entró en la cocina con la intención de interrogar a su futura esposa que seguía allí con la mirada perdida y una sonrisa en los labios.

—¡Hola, cariño! —dijo Alan al entrar en la cocina.

Julia dio un respingo.

—¡Hola, mi amor! —lo saludó con una sonrisa—. Me has asustado, ¿de dónde vienes? —preguntó tomándolo de la mano.

—De arriba, quería coger las fotos de la campaña para enseñárselas a los chicos —le dijo mostrándole las carpetas en las que guardaban las imágenes de las campañas publicitarias. Alan era el dueño de una de las agencias de publicidad más importantes del país y estaba muy orgulloso del último trabajo que habían realizado y por el que habían tenido que retrasar la boda hasta ese día.

—¿Trabajo el día de nuestra boda? —le dijo con un mohín.

Alan sonrió al ver su gesto. Dejó la carpeta sobre la encimera de la cocina y la rodeó con los brazos. Se perdió en su preciosa mirada verde y en las bellas facciones de su rostro. Por un segundo casi olvidó la conversación que había oído. Era una embaucadora, una preciosa y encantadora embaucadora. Y por mucho que le apeteciese besarla en aquel momento decidió que lo mejor era hacer frente a sus dudas. Bastantes nervios tenía ya como para dedicarse a pensar en lo que estaría haciendo Julia a sus espaldas.

—¿Con quién hablabas por teléfono? —le preguntó sin preámbulos.

Julia lo miró con los ojos muy abiertos evidentemente sorprendida por la pregunta.

—No era nada importante, solo preparativos de la boda —dijo ella en un tono nada convincente.

—¿Qué preparativos? Parecías un poco agobiada y yo podría ayudarte con las cosas que te agobien, así no tendrías que pedir a ningún “cielo” que te rescatase —le dijo con mirada sería.

—¿Me estabas espiando? —dijo Julia intentando soltarse del abrazo de Alan, pero él la tenía sujeta



con fuerza y no cedió un centímetro.

—No te espiaba, te pillé por casualidad —contestó entornando los ojos.

—¿Me pillaste? ¡No estaba haciendo nada malo! —se defendió ella.

—Y si no hacías nada malo, ¿por qué no me dices con quién hablabas?

Julia abrió la boca con la intención de protestar, pero la cerró nuevamente y lo miró a los ojos. Alan estaba serio. Aquello no era una broma, estaba dudando de ella de veras. Sintió como si le ardiera la sangre en las venas, arrebolándole las mejillas. Volvió a abrir la boca esta vez para decirle:

—¡Porque tu desconfianza me ofende! —lo acusó—. Es increíble que pienses que estoy haciendo algo malo, ocultándote cosas, el día de nuestra boda. ¡Increíble de verdad! —le gritó ofendida. Se sacudió de su abrazo, algo menos fuerte, por la sorpresa que su reacción causó en Alan, y se zafó de él —. De veras que no esperaba esto de ti Alan Rickman —lo acusó justo antes de dar media vuelta y salir por la puerta que daba al jardín.

Tras los primeros segundos de consternación, Alan quiso salir tras ella, pero un grupo de camareros entraba en ese momento en la casa y le bloquearon la salida. Cuando por fin consiguió llegar al jardín, Julia ya había desaparecido. Se frotó la nuca y resopló con fuerza. ¿Qué demonios acababa de pasar? ¡Era ella la que estaba hablando con alguien a quien pedía que la rescatara! ¡Lo había llamado cielo! ¡Dijo que lo compensaría! ¿Qué lo necesitaba antes de la boda! Julia tenía muchas respuestas que dar y en lugar de eso le daba la vuelta a la tortilla, lo acusaba a él y se marchaba dejándolo con aún más dudas, el día de su boda. Una cosa estaba clara, aquello no iba a quedar así, y se marchó al jardín tras ella.

En la entrada de la casa, Robert recibía de nuevo una llamada en su teléfono. Miró la pantalla y contestó:

—¿Qué pasa tío? ¿Tienes algo ya para mí? —preguntó Robert a García, su compañero.

—Pues sí, conseguir la información ha sido un poco más complicado de lo que pensaba.

—Dispara —lo apremió.

—El Impala es de Alquiler, lo recogieron esta mañana del aeropuerto. No había datos del tipo que lo conducía, porque se alquiló a nombre de una empresa. He investigado un poco más y se trata de una empresa texana.

—¿Texana? ¿Qué empresa?

—RBNA. No me dice nada el nombre, la verdad. Conseguí los datos de la empresa y realicé unas llamadas. No había nadie. Es una empresa tapadera.

Robert resopló.

—Está bien, amigo, gracias por la información.

—De nada, hermano. Si necesitas algo más, avísame.

—Eso está hecho. Hasta luego —se despidió Robert, y colgó. Se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se puso las manos en las caderas. Si la empresa era texana, era lógico pensar que el ocupante del vehículo hubiese llegado en el mismo avión que Natalie, Tucker y los niños. Lo que significaba que a quien estaban siguiendo era a ellos. Con los datos que tenía no podía hacer mucho más, salvo que...

Tomó el camino de grava que rodeaba la casa y se dirigió a la parte trasera. Por la puerta de servicio entraba en ese momento una furgoneta rotulada con el logotipo de una empresa de flores. Le llamó la atención que el vehículo hubiera sido pintado recientemente y de forma muy chapucera. Alrededor de la matrícula había un par de zonas son pintar y unas pequeñas marcas de rozaduras. Pero en su cabeza bullían un par de asuntos que tenía que tratar y se centró en ir a buscar las respuestas.

Tucker estaba jugando con Tommy en los jardines cuando Robert llegó hasta él.

—Lo siento, Tommy, tengo que hablar con tu tío, ¿me lo prestas un momento? —le dijo al niño que asintió con la cabeza y se fue a leer un cómic sin rechistar.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Tucker cuando vio que el chico se había alejado lo suficiente. Robert no tenía buena cara. Se palpaba su preocupación de lejos.

—Tucker, ¿eras consciente de que os están siguiendo? —le preguntó sin rodeos.

El rostro de Tucker cambió de color inmediatamente, se puso lívido de repente. Los temores de que los hubiesen seguido hasta allí se estaban materializando. Tal vez lo mejor fuera abandonar la boda. Había visto lo peligrosa que era esa gente. Habían puesto bombas en sus plataformas, no podía consentir que pusieran en peligro a sus amigos. Tucker se sentó en uno de los bancos de piedra del jardín, apoyó los codos en las rodillas y se sujetó la cabeza como si de repente sus pensamientos pesasen toneladas.

—Sí, sabía que podía pasar. En Texas lo han estado haciendo...

Robert se sentó a su lado.

—Pues esta mañana, un coche alquilado por una empresa de Texas nos siguió desde el aeropuerto hasta la casa.

El rostro de Tucker volvió a cambiar de color.

—¿Desde el aeropuerto? ¿Hasta aquí? ¿Te refieres al Impala negro?

Esta vez el sorprendido fue Robert, que no sabía que Tucker se hubiese dado cuenta también de que les seguían. ¿Por qué no le había dicho nada?

—Sí, al Impala negro. ¿Lo sabías? ¿Por qué no me dijiste que te seguían?

Tucker resopló aliviado.

—Porque esperaba que no lo hicieran hasta aquí. Tomé muchas medidas de seguridad para evitar que así fuese. Una de ellas, es el Impala del que hablas. No nos persigue, está ahí para protegernos. Forma parte de mi escolta de seguridad.

Robert se quedó petrificado.

—¿Tu escolta de seguridad? ¿Desde cuándo necesitas escolta de seguridad? ¿Y por qué no está entonces dentro de la casa contigo?

—¡Uf! Es una larga historia.

—Tenemos tiempo. Aún falta un rato para que tengamos que vestirnos para la boda.

Tucker miró a un lado y a otro cerciorándose de que ni Natalie ni Tommy anduviesen cerca.

—Está bien, te lo contaré —volvió a resoplar—. Hace algo más de tres años, mi empresa comenzó a recibir amenazas anónimas. No eran muy concretas ni frecuentes, de manera que no les dimos gran importancia. Muchas empresas poderosas reciben amenazas que jamás llegan a concretarse, hasta que se produjo la explosión en la primera plataforma. Hubo bastantes heridos. Aquello me conmocionó porque si yo hubiese tomado más en serio aquellas amenazas ninguno de mis hombres habría salido herido...

—¿Hubo muertes?

—No, afortunadamente no. Poco después hubo otra explosión, menor. Se abrió una investigación exhaustiva, pero no había ninguna prueba que relacionase los incidentes, ni aportase sospechosos. Contraté a un detective especializado en este tipo de casos y me dijo que estaba casi seguro de que se trataba de una banda ecoterrorista. Pero no han reivindicado la autoría y eso le desconcertaba. Las cosas se calmaron durante un tiempo. Llegaban amenazas, pero nada muy contundente ni se volvieron a repetir las explosiones. Incluso llegamos a pensar que se había tratado de hechos fortuitos aislados que habíamos relacionado de mala manera con las amenazas, pero que en realidad no tenían causa común. Nos relajamos, pensamos que no había mucho más a lo que dar vueltas, hasta hace un par de

semanas. Un sobre llegó a mi oficina, en él además de las amenazas habituales, había una docenas de fotos mías tomadas en distintos momentos de mí día a día.

—Es evidente que te siguen de cerca. ¿Llamaste a la policía?

—Por supuesto, están enterados. También contraté un equipo de escoltas y doblé la seguridad de mi casa y la empresa. Estas amenazas se han convertido en algo personal y por nada del mundo quiero poner en riesgo a las personas que amo.

—¿Y por qué tu equipo de seguridad permanece en el perímetro?

—Esa fue la orden que les di. Quería que aseguraran nuestra integridad sin que se hiciese evidente su presencia. Natalie no sabe nada de esto. No puedo consentir que viva atemorizada.

—Tucker, es mucho más seguro para ella y los niños que sepa a lo que se está enfrentando y cuáles son los riesgos que corre.

—Lo sé, pero cuando empezó todo fue cuando empezó también lo nuestro. Ella se quedó embarazada, no quería preocuparla y después no he sido capaz...

—Bueno, ya tendrás tiempo de contárselo después de la boda. Aparte de tu oficina, ¿a quién más le has contado que estaríais aquí? —le preguntó Robert levantándose del banco. Tucker lo imitó.

—¿De mi oficina? No le he dicho a nadie que estaríamos aquí, ni de la empresa ni amigos, nada. Reservé los billetes desde casa y no cogimos el avión de la empresa precisamente para que nadie supiese que viajaríamos hasta aquí.

En esta ocasión fue el rostro de Robert el que cambió de color y se le enturbió la mirada. En su mente una par de piezas acababan de encajar.

—Alguien lo sabe, Tucker. Esta mañana una mujer estuvo haciendo llamadas extrañas a la casa preguntando por ti.

—¿Una mujer? ¡Es imposible...! ¡Cogeré a Natalie y a los niños, y nos marcharemos ahora mismo de aquí!

—No es necesario. ¿Quieres atrapar a esa gente y que tu familia esté a salvo para siempre? —le preguntó Robert, sorprendiéndolo.

—No a costa de poner en riesgo a la tuya —le dijo Tucker preocupado.

—No lo harás. ¿Confías en mí? —le preguntó Robert para asegurarse de que Tucker estaba con él en su plan.

—Por supuesto.

—Perfecto, necesitaré comunicarme con tu escolta. Tú mientras ve con tu mujer y tus hijos. No te separes de ellos. Y tranquilo, todo va a salir bien.

Tucker abrazó a su amigo, le dio las gracias y cuando Robert se aseguró de que ya estaba en el interior de la casa, fue a poner en marcha su plan.

# Capítulo 11

## ¿Dónde está mi hermano?

Daniel estaba esperando a que Andy saliese del baño arreglada ya para la boda. Pero estaba tardando demasiado, decidió no esperar más y abrir la puerta del baño, y se la encontró inclinada sobre el inodoro, vomitando. Corrió hacia ella y le sujetó el pelo mientras su mujer hacía el último esfuerzo y se vaciaba por completo. Después la ayudó a incorporarse y a lavarse.

—¡Vaya! Siento que hayas tenido que presenciarlo —le dijo Andy con el rostro pálido y perlado de sudor.

—Yo siento que no me hayas llamado antes para ayudarte —le contestó él con preocupación.

—No pasa nada, creo que me sentó mal la crema de alcachofas de la comida —se terminó de limpiar la boca y se abrazó el vientre—. Justo el día de la boda de mi hermana tengo que ir con estas pintas —añadió mirándose en el espejo e intentando colocar los cabellos que se le habían salido del recogido.

Daniel se puso tras ella y la abrazó con fuerza, después comenzó a besarla en el pelo, la mejilla, el cuello... La piel de Andy se erizó revitalizando cada célula de su sistema nervioso.

—Estás preciosa, como siempre. Jamás he conocido a una mujer que pueda estar tan bella siempre.

—¿Incluso después de vomitar? —le dijo ella sonriendo.

Daniel se deleitó con la sonrisa de su mujer a través del espejo.

—Incluso después de vomitar —le dijo él con adoración.

—¡Estás loco! —le dijo ella riendo—. Anda, déjame terminar, enseguida salgo.

—Está bien, no tardes que te voy a echar de menos. Voy mientras a por mi otra princesa —dijo Daniel saliendo del baño y del dormitorio. Iba por el pasillo en dirección a la cocina para recoger a Bella que estaba con Rose cuando Julia apareció corriendo tras él por el pasillo.

—¡Daniel! —lo llamó.

Daniel se giró sorprendido y vio a Julia corriendo hacia él por el pasillo mientras intentaba agarrarse la falda del vestido de novia para no pisarla sin mucho éxito. La imagen lo impactó.

—¿Qué ocurre? ¿Necesitas algo? —le dijo cuando su cuñada llegó a su altura sofocada y casi sin resuello.

—No —dijo consiguiendo que los sonidos saliesen de su garganta—, pero tú si vas a necesitar esto —le dio un sobre—. Sigue las instrucciones. Me voy corriendo, que llego tarde a mi boda —añadió dejándolo perplejo y se alejó otra vez corriendo por el pasillo por el que había llegado.

Inmediatamente Daniel abrió el sobre y tras leer su contenido sonrió con picardía.

Robert acababa de regresar de una de las puertas traseras de la casa. Había estado hablando con el escolta de Tucker, recogiendo sus impresiones y dándole órdenes. También llamó a su compañero, García, y le contó su plan. En unos minutos, estarían allí todos los efectivos y se pondría en marcha. Acababa de entrar en la cabina de seguridad para revisar las imágenes de las cámaras que Alan tenía por toda la casa. Fue una a una revisando las escenas que aparecían en ellas cuando algo llamó su atención en la cocina. Una de las camareras, parecía llevar algo entre el chaleco y la camisa. Se acercó

a la pantalla intentando visualizarlo mejor, rebobinó la cinta y la puso de nuevo. No había duda, llevaba un arma. Se acercó a la cámara para ver mejor el rostro de aquella mujer y entonces un golpe seco en la cabeza lo dejó sin sentido tirado sobre la mesa de mando de la cabina de seguridad.

—¡No sé dónde está! —le dijo Natalie a Andy—. Tu hermano ha desaparecido. Daniel lleva buscándolo quince minutos y no se sabe nada de él.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo ha podido desaparecer de la boda de Julia? —preguntó Andy nerviosa frotándose las manos—. ¿Y qué le vamos a decir a mi hermana? ¡Está esperando a que vaya a recogerla para llevarla al altar!

—No lo sé, habrá que entretenerla un poco. Esta casa es enorme. Robert podría estar haciendo cualquier cosa, en cualquier sitio. Daniel lo encontrará, seguro. Solo necesitamos un poco más de tiempo.

—¿Y qué le hacemos, malabares? —le dijo Andy sin humor.

—Para empezar, podríais ser más silenciosas cuando intentéis conspirar contra mí. ¡Se os oye a través de la puerta! —dijo Julia saliendo de la habitación y mirándolas con recriminación.

—¡Madre mía! ¡Estás preciosa! —dijeron al unísono Andy y Natalie maravilladas con el vestido y lo bien que le quedaba.

Julia las miró con el ceño fruncido.

Andy y Natalie tragarón saliva.

—Está bien, no queríamos que te enteraras de que Robert no aparece, pero es que debe ser por alguna tontería —comenzó a decir Natalie quitándole importancia al asunto—. Seguro que ha salido a dar una vuelta por los jardines y no se ha dado cuenta de la hora —añadió la posibilidad intentando que sonase plausible.

—O... ha ligado. Has invitado a chicas muy guapas a boda. ¿Qué esperabas, que no se entretuviese charlando con alguna? —añadió Andy como si su teoría fuese menos disparatada.

—¡Ay! ¡Por Dios! Ya no soy una niña, no me creo todo lo que se me dice —dijo Julia, agarrando de nuevo la falda de su vestido y comenzando a andar por los pasillos de su casa. Natalie y Andy, la siguieron de cerca, intentando mantener su ritmo—. Robert no se pondría a ligar minutos antes de tener que llevarme al altar, es el hombre más responsable que conozco, ni se dedicaría a dar paseítos. Algo está pasando y voy a averiguar qué es —dijo con decisión.

La primera parada que hicieron fue la habitación de Robert, allí no estaba, pero lo que si vieron, es que Robert aún no se había puesto su traje para la boda, que seguía colgando de una percha. Aquello no olía bien. Julia salió como una exhalación seguida de sus dos amigas. Y fue directamente a la cocina. Allí encontró a las chicas que llevaban el cáterin. Ellas tampoco supieron darle referencias de su hermano. En los jardines tropezaron con Daniel.

—¿Julia, qué haces aquí fuera? —le preguntó sorprendido.

—Estoy buscando a mi hermano, cómo tú. ¿Sabes algo de él? —preguntó mirando a un lado y a otro del jardín.

—No, no lo he visto aún. Pero tú no debes preocuparte. Tucker y yo lo estamos buscando, daremos con él. Esta casa tiene más baños que un hotel, a lo mejor está en uno de ellos. O está solucionando algún asunto de trabajo, lleva todo el día pegado al teléfono.

—¿El día de mi boda? Lo dudo mucho. Ni está en algún baño ni está con un asunto de trabajo. Le ha pasado algo.

—No le ha pasado nada. Lo mejor será que entremos en la casa. Vamos a la zona donde se oficiará

la ceremonia, aparecerá en cualquier momento, hazme caso —le dijo su cuñado que, sin esperar respuesta, la tomó del codo y la llevó al interior de la casa. Julia se dirigió al ala norte de la casa seguida por todos.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Natalie.

—Vamos al ala norte de la casa, la boda se oficiará allí.

—¿Pero no habíamos quedado en el salón de baile? —preguntó Andy.

—Sí, pero era para la recepción. La ceremonia y celebración se harán en el ala privada de casa.

Andy y Natalie se miraron sorprendidas. Daniel las acompañaba mirando en todas direcciones.

Entonces vio que Andy tropezaba y tuvo que agarrarla para que no cayese al suelo.

—¿Estas bien, cariño? —le preguntó abrazándola. Su mujer parecía agotada—. No tienes buena cara.

—Lo siento, Andy, no me he dado cuenta de que iba demasiado rápido. Estoy tan preocupada por Robert que no me he dado cuenta de que tú en tu...

—De que va demasiado rápido para nosotras —terminó la frase Natalie antes de que Julia revelase el embarazo de Andy.

—Claro, claro —dijo Julia—. Espera, en esta habitación hay sillas para la celebración. Aquí podrás descansar un poco. Julia se adelantó y abrió la puerta de una de las habitaciones del pasillo. En el momento en el que se abrieron las puertas, el grito desgarrador de Natalie los dejó petrificados.

En el interior de la habitación que contenía mobiliario amontonado, posiblemente de haber modificado el espacio para la boda, se encontraba una mujer rubia, vestida con uno de los uniformes que llevaban los camareros, apuntando con un arma a Tucker que estaba atado y amordazado a una silla.

—¡Tucker! —gritó Natalie—. ¿Quién eres tú? ¿Qué haces con mi marido? —le preguntó Natalie queriendo ir hacia la mujer, pero Daniel la agarró por la cintura y la detuvo.

—¡Vaya, vaya, vaya, qué suerte la mía! Si apareció la perfecta esposa... No creía que fuese a tener el placer de acabar contigo también, pero es un extra al que no voy a poder resistirme —dijo la mujer mirándola con asco y una mueca por sonrisa—. ¡Acércate! —le ordenó apuntándola con el arma.

Daniel la mantenía sujeta aún por la cintura.

—Será mejor que obedezcas si no quieres que le disparé ahora mismo, sin tiempo a que os podáis despedir —dijo la mujer apuntando de nuevo a Tucker.

Se colocó detrás de él, le pasó la mano libre por el pelo y tiró de él para obligarlo a mirarla.

—¿Así que me dejaste por esta? —dijo bajando la cara hasta tener los labios pagados a su oído—. ¿Por esta tonta con pinta de mojigata? Recuerdo lo bien que lo pasábamos tú y yo hasta que ella llegó —dijo con una risa fría e histérica—. Estoy segura de que ella no te hace las cosas que te hacía yo en la cama.

—Eres... ¿Mindy?— dijo Natalie sin terminar de creer ni entender qué hacía ella allí.

Mindy había sido una relación pasada de Tucker. Ya habían terminado cuando Tucker y ella se conocieron, pero Mindy quiso volver y Tucker la rechazó porque ya estaba enamorado de Natalie.

—Recuerdo el día que hablamos por teléfono... Me habría gustado verte la cara cuando te dije que Tucker era mi prometido.

Mindy bajó la boca hasta los labios de Tucker y pasó la lengua por ellos. Tucker se revolvió y Natalie se clavó las uñas en las palmas de las manos. De repente fue consciente de que una loca tenía a su marido atado y amordazado, sus amigas estaban en la habitación y todos corrían peligro por culpa de aquella desequilibrada que llevaba más de tres años obsesionada con él.

—¿Y qué haces aquí, Mindy? ¿Qué has venido a buscar? —le preguntó intentando ganar tiempo.

—A él, mi venganza. Llevo demasiado tiempo esperándola. Cuando Tucker me dejó creí volverme loca. Estuve unos meses pensando qué hacer y cuando se fue al rancho con su sobrino y vi que no regresaba tuve que llamar su atención. Llevaba un tiempo asistiendo a las reuniones de una asociación ecologista que tenía a su petrolera en el punto de mira y no fue difícil convencerlos para provocar aquella explosión. Esos chicos son muy malos, ¿sabéis? Les gusta jugar con fuego, pero no son nada listos, se dejan manipular con facilidad —rio con frialdad.

Natalie no podía creer lo que estaba oyendo. Mindy había sido la responsable de aquella explosión hacía tres años. Estaba más loca de lo que creía.

—Pero aquello no funcionó. No fue suficiente para llamar su atención, tampoco lo alejó de ti nuestra pequeña conversación telefónica. ¡El corrió a tus brazos! —gritó enfurecida—. Pero de alguna manera ha sido mío todo este tiempo. Su miedo ha sido mío. ¿No te ha hablado de nuestra peculiar correspondencia?

Natalie no entendía lo que aquella loca estaba diciendo. Miró a su marido que abrió los ojos de manera desorbitada y negó con la cabeza.

—Pero en fin, ya me he cansado de este juegucito. Vigilando a la perfecta familia, con los perfectos hijos, en su perfecto rancho. ¡Dais asco! ¡Y esto se va a acabar hoy mismo!

Mindy colocó el cañón del revólver apuntando al corazón de Tucker.

—¡No! No por favor, no lo hagas —le suplicó Natalie.

—¿Por qué? ¿Quieres ser tú la primera? —le dijo la mujer cambiando de objetivo.

En ese momento, sin previo aviso, de detrás de unas lonas que cubrían los muebles apilados, apareció Robert de un salto y cayó sobre Mindy, tirándola al suelo. El arma escapó de su mano y fue a caer a los pies de Natalie. Esta, la apartó con el pie y fue corriendo a abrazar a su marido. Mientras Daniel, Andy y Julia ayudaban a Robert a inmovilizarla. Robert tomó su teléfono y avisó al resto de su equipo para que entraran y se la llevaran. En unos minutos, los agentes de policía metían a cuatro miembros de la banda eco terrorista que habían ayudado a Mindy en su plan y a esta en los coches patrulla esposados para llevárselos a la comisaría.

Tucker abrazó a su mujer con fuerza, aliviado por verla a salvo y las hermanas Brooks a Robert, llenándolo de besos y achuchones.

# Capítulo 12

## Para siempre tuya

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... —contó mentalmente Julia. Y con una gran exhalación comenzó a caminar en dirección a la puerta que llevaba al espacio que había preparado para la boda. La puerta de doble hoja de madera blanca se abrió y ante ella la visión mágica del lugar donde se celebraría la boda. Llevaba meses preparando este momento, pero ni de lejos pensó que quedaría tan magníficamente bien. La loca idea que se le había ocurrido de congelar la piscina, había sido un acierto. En lugar de la enorme piscina cubierta que tenían allí, ahora había un lago helado y sobre él una plataforma a modo de puente unía la puerta con la zona de la ceremonia. A los lados de la plataforma, ramas escarchadas en blanco perfilaban el camino, iluminadas desde abajo, dándole la apariencia de un bosque mágico e invernal. Toda la decoración era etérea y nívea. A los lados del lago de hielo estaban dispuestas las mesas redondas vestidas elegantemente con sencillos manteles cubiertos de copos. Sobre ellos, una vajilla de porcelana de líneas sencillas, cubertería de plata y copas de cristal talladas a mano. Las sillas eran de madera con lacado metalizado y los cojines de fibras naturales imitaban los copos del mantel. Sobre las mesas, lámparas de cristal de distintas formas y tamaños iluminaban cada mesa de forma majestuosa.

Era increíblemente bello, pero en aquel momento solo tenía ojos para Alan, que la esperaba al final de la plataforma con su precioso chaqué negro. Su mirada plateada la atravesó en la distancia. Estaba increíblemente guapo. Sus miradas se fundieron y lo vio soltar todo el aire de sus pulmones, tal vez con alivio.

—¿Estás preparada? —le dijo su hermano ofreciéndole el brazo.

Robert se había puesto su traje oscuro con chaleco, camisa blanca y corbata de seda. Con el cabello más largo como lo llevaba parecía un apuesto caballero. Julia le sonrió e, inclinando la cabeza, rodeó su brazo y ambos comenzaron a caminar en dirección al altar. Las dulces notas de un arpa comenzaron a sonar, y a continuación las bellas notas de un piano que inundaba el ambiente con la melodía de *I'll Keep You Safe*, de *Sleeping At Last*. Lentamente Robert y Julia se fueron aproximando hasta el altar donde los esperaban el sacerdote y Alan. En ese momento, Julia comenzó a sentirse nerviosa y a temblar como una hoja bajo las capas ondulantes de su vestido. Su hermano Robert se detuvo un momento al sentirla respirar con fuerza y posó la mano sobre sus dedos temblorosos. Ella, emocionada, volvió la vista de la mano de su hermano a la mirada de su futuro marido que la esperaba anhelante y el resto desapareció para ella. Alan le sonrió y su corazón dio un vuelco rebosante de felicidad. Tan solo tenía una cosa en mente, besarlo. Besar a su marido, acariciar sus labios de piel cálida y firme y perderse en su aliento. Sin darse cuenta llegó hasta él.

Robert ofreció a Alan la mano de su hermana, y este la tomó, enlazado sus dedos largos con los de ella, más finos y suaves. El contacto fue electrizante.

El sacerdote comenzó entonces a hablar para los asistentes, pero Julia miraba sus manos entrelazadas, concentrada en lo bien que encajaban la una en la otra. Alan le apretó los dedos para llamar su atención cuando el sacerdote los instó a pronunciar sus votos. Ambos se giraron hasta estar el uno frente al otro, cogidos de las manos, unidos por sus miradas, con el corazón desbocado, mientras las palabras salían de sus labios:



—Yo, Julia Brooks, prometo que seré tuya para siempre. Porque tú eres el camino que escogí, porque mi misión es hacer que cada día de tu vida esté iluminado por una sonrisa. Seré tu amiga incondicional, tu amante eterna, tu compañera leal, en cada tramo del camino, hasta mi último aliento, hasta mi último latido será tuyo, para el resto de mi vida.

Alan le besó las manos mientras Julia con ojos vidriosos contenía el aliento.

—Yo, Alan Brooks, juro solemnemente que aunque el tiempo pueda romperse, jamás lo haré la promesa que sale de mis labios en este día. Seré fuerte para ti cuando todo esté en nuestra contra. Cálido y reconfortante cuando tu corazón necesite consuelo. Compartiré tus sueños y esperanzas porque hacerlos realidad es todo cuanto anhelo. Porque desde el día que me enseñaste a amar, todo lo que soy, todo lo que tengo, es tuyo; mi destino, mi amor, mi vida, para siempre.

Ambos quedaron sumergidos en un íntimo momento como si el mundo se hubiese detenido en un latido.

Y el sacerdote los declaró marido y mujer.

Alan tomó a su esposa por la cintura y la pegó a su cuerpo con posesión, ella sonrió y su rostro se iluminó como si resplandecieran para él un millón de estrellas. Entonces le tomó el rostro con ambas manos y la besó, depositando en sus labios el contacto más tierno, más íntimo. Sintió latir los labios de su esposa bajo los suyos, Julia los abrió y él atrapó su aliento sellando su matrimonio con el más estremecedor de los besos.

Los asistentes irrumpieron en vítores y felicitaciones. Rose se acercó hasta el altar para felicitarlos y entregarles a Mat, que daba palmas y festejaba con alegría la unión de sus padres.

Lo siguiente fue un ir y venir de gente hasta los novios, para dar en persona su enhorabuena a la pareja que sonreía radiante y feliz. La siguiente hora pasó volando para ambos entre besos, abrazos y demás muestras de cariño.

La cena resultó deliciosa. Julia y Alan iban felices de un lado al otro del salón visitando las mesas de sus invitados. Charlando animadamente con ellos. El baile lo inauguraron sobre el hielo, patinando acaramelados y dejando a los asistentes boquiabiertos. Después muchos de ellos se animaron a usar los patines que llenaban varios arcones junto a la pista e imitarlos. Todos bailaron y patinaron hasta altas horas de la madrugada.

Cuando finalmente Alan y Julia se retiraron a su dormitorio estaban exhaustos por los nervios, acontecimientos imprevistos, sorpresas e intentos de asesinato de aquel día. Realmente había sido una boda memorable, en todos los sentidos. En el pasillo, ante la puerta de la habitación, Alan sorprendió a Julia tomándola en brazos.

—¿Qué haces? —rio ella junto a su boca.

—Voy a meter a mi mujer en la habitación como es debido. ¿Algún inconveniente? —le dijo Alan.

Julia negó con la cabeza y se dejó llevar. Alan la introdujo en la habitación y la llevó hasta la cama, pero la depositó en el suelo con mucho cuidado. Cuando la tuyo frente a él, la volvió a besar como si el mundo acabase ahí para los dos. Julia se abrazó a él con fuerza.

—Te amo —le dijo con una enorme sonrisa.

—Te amo —le dijo él mostrándole una de sus perezosas sonrisas.

Julia vio que el rostro de su ya marido se llenaba de esos hoyuelos que tan irrisible lo hacían y lo volvió a besar feliz.

—¿Eres feliz? —le preguntó Alan.

—Mucho —contestó ella sin pensarlo.

—¿Solo mucho?

—Todo —añadió ella abrazándose a él.

—Bien, señora Rickman, pero creo que aún puedo hacer un par de cosas más para ampliar esa sonrisa —le dijo con picardía.

—Estoy deseando saber qué tiene en mente, señor Rickman —contestó ella coqueta.

—En cuanto consiga quitarte este vestido lo verás —le dijo él sin saber por dónde comenzar a desabrochar.

—Tranquilo, ya lo tengo yo todo controlado —le dijo ella riendo. Desató dos corchetes en su nuca, tiró de los lados del vestido hacia abajo y este cayó a sus pies con una facilidad pasmosa.

Alan la miró boquiabierto, por la hazaña de ella y por la visión que le regalaba. Julia llevaba un pequeño conjunto de encaje en color marfil que la hacía parecer una visión. Sus senos sobresalían por encima del encaje y a las pequeñas braguitas tenía atado un ligero que pensaba arrancarle a mordiscos. Fue hacia ella, pero entonces Julia le hizo señales para que se mantuviese donde estaba.

—Tienes que quitarte todo eso —le dijo ella señalando las capas de ropa que lo cubrían.

—Lo mío va a ser un poco más complicado. Hoy no me he puesto los pantalones de *stripper* —rio mientras se desabrochaba la corbata.

—¡Qué pena! —dijo ella con fingido pesar—. Bueno, te echo una mano.

Julia se acercó a él, y cuando Alan la tuvo a mano, dejó la corbata para posar las manos en sus nalgas y darle un pequeño azote.

Julia lo miró provocativa y se mordió el labio inferior excitada. Sin poder resistirlo, Alan la tomó entre sus brazos y devoró su boca como había querido hacer durante todo el día. En cuestión de segundos, las manos de ambos volaron sobre sus cuerpos hasta despojarlos de todas las prendas que los cubrían. Sin esperar a más, él la tomó en brazos y la sentó a horcajadas sobre su regazo sentados en la cama, completamente entrelazados.

Julia sintió como se humedecía cuando Alan la sentó sobre poderosa erección. Quería sentirlo más y comenzó a moverse de manera provocadora sobre él. Se arqueó para acoplarse a su sexo y Alan atrapó uno de sus pezones entre los dientes haciendo que Julia soltase un gemido como invitación continuar. Y lo hizo. Alan comenzó a jugar con sus pezones hinchidos y sensibles, pasando de uno a otro, torturándolos, mordisqueándolos, lamiéndolos. La tomó de las nalgas y comenzó masajearlas mientras sostenía uno de sus pezones en los dientes. Julia quiso morir de placer, tenía la sensibilidad a flor de piel y, dispuesta a recibir más, se preparó para sentirlo entre sus piernas. Lo deseaba, lo deseaba tanto y de manera tan urgente que el roce de su pene contra su clítoris era casi doloroso. Pasó las manos por su nuca y tiró hacia atrás obligándolo a soltar su pezón que fue liberado de entre sus dientes. Alan protestó inmediatamente y ella rio junto a su oído. Comenzó a besar y lamer el lóbulo de su oreja. Sabía el placer que a él le proporcionaba que lo lamiese en esa zona y lo oyó gemir de manera primitiva. Mientras acarició su espalda y se pegó a él provocativamente, haciendo que sintiese sus pezones aplastados contra su pecho fuerte y perfectamente esculpido. Su marido tenía el mejor cuerpo del mundo, el más excitante y masculino, y acariciarlo era por partes iguales delicioso y una tortura pues su cuerpo reaccionaba con necesidad al sentirlo bajo las yemas de sus dedos. Buscó acoplarse más con él, pero Alan tenía otros planes. La elevó por las caderas y, girándola, la colocó sobre la cama. Julia se estiró como una gata, con el cabello medio revuelto sobre la almohada y una sonrisa provocadora en los labios. Y el hundió su rostro entre sus piernas, buscando la cavidad que más ansiaba su cuerpo en ese momento. La cueva húmeda y caliente de su deseo. Los pliegues íntimos de su mujer se abrieron bajo su lengua y saboreó los jugos que ella le ofrecía. Julia le agarró la cabeza con desesperación apretándolo contra ella, mientras Alan acariciaba su clítoris rebosante para hacerla estallar bajo su lengua.

Julia gimió y se contorsionó sucumbiendo a la oleada de placer que la poseyó. El éxtasis la dejó sin

respiración, el aire pareció espesarse y no llegar hasta sus pulmones y cada célula de su cuerpo vibró, despertando. Entonces Alan, sin dejar que ella se repusiese, se colocó sobre ella y la embistió con fuerza. Julia gritó encogiendo cada músculo de su sexo ante una nueva y poderosa oleada de placer y sintió cómo él se derramaba en su interior llenándola con su semen caliente. Alan se convulsionó sobre su cuerpo y Julia lo abrazó con fuerza, apoyando sus frentes mientras compartían la respiración agitada y satisfecha.

—Gracias —le dijo él cuando recuperó algo del resuello.

—¿Gracias por qué, mi amor? —le preguntó ella sorprendida.

—Gracias por darme la oportunidad de amarte para siempre. Julia emocionada tomó el rostro de su marido y selló sus palabras con un beso.

# Capítulo 13

## Lo siento, mi amor

Cuando Robert llegó a su apartamento eran casi las dos de la mañana. Había dejado a su madre en su casa y había regresado con Pierce y Paul hasta la suya.

—Ha sido una boda preciosa —dijo Pierce con una gran suspiro—. Desde luego las hermanas Brooks son las novias más bellas que he visto jamás.

—Sí que lo son —dijo Paul bajándose del coche.

Pierce soltó otro gran suspiro.

—Ha sido como casar a la pequeña de nuestras hijas —dijo con un tono que denotaba cierta añoranza.

—Oh, vaya te vas a poner sentimental... —le dijo Robert.

Pierce lo miró falsamente ofendido.

—Tú no lo puedes entender, eres un tipo duro. No te das cuenta de estas cosas, pero esas chicas y tú sois lo más parecido a unos hijos que hemos tenido Paul y yo. Y ahora, ¿qué nos queda?

—Nos queda Robert, cariño. Aún no hemos casado a Robert —dijo Paul abriendo la puerta del edificio.

—Os dais cuenta de que estoy aquí, ¿verdad? De que os oigo...

—Claro que nos damos cuenta, querido. No nos escondíamos, de hecho esperábamos que estuvieras tomando notas.

—¿Sabéis que sois un poquito desesperantes? —les dijo despidiéndose con dos besos.

Robert fue hasta la puerta de su apartamento.

—Sí, lo sabemos. Pero nos quieres de igual manera —le dijo Pierce despidiéndose con la mano justo antes de entrar en su apartamento—. Cariño, creo que deberíamos organizarle una cita a ciegas a Robert, ¿qué te parece la hija de Tomas, la florista?

—¿Serena? No, esa chica mira de forma extraña, Serena no —le contestó Paul.

Robert, que aún no había cerrado la puerta, puso los ojos en blanco escuchando como hablaban de él sin el menor pudor. Cerró definitivamente la puerta, dejó las llaves sobre el mueble de la entrada y saludó a su compañero de piso, que estaba tumbado sobre su sofá viendo series de polis.

—Hola, compañero —le dijo acariciándole el suave pelaje color caramelo de su lomo.

*Calibre*, su perro, un braco húngaro de pelo corto, lo miró con sus penetrantes ojos ambarinos, durante un segundo y volvió a centrar la atención en los disparos que provenían de la televisión.

—Tío, eso no es nada comparado con lo que hemos tenido hoy en la boda —le dijo al animal. *Calibre* volvió a prestarle atención como si entendiese realmente lo que él iba a contarle. Por lo que Robert apagó el televisor y se dispuso a detallarle con pelos y señales los acontecimientos de aquel día.

Natalie estaba sentada en la cama en la que dormía plácidamente Maria. Vio su pequeño rostro arrugar la nariz y rascarse la cara con la mano mientras dormía. En los labios de Natalie se dibujó una sonrisa tierna. Sin poderlo evitar, enredó uno de los rizos del preciosos cabello castaño de su hija en su

dedo índice y lo estiró lentamente. Sus niños crecían a una velocidad asombrosa, su pequeña estaba hecha una mujercita y Tommy era casi un hombre. Maria se removió ligeramente en la cama y se abrazó con fuerza a su nosito. Lo hacía cuando necesitaba sentirse más segura. Un escalofrío recorrió la espalda de Natalie, erizando su piel, al recordar lo cerca que había estado de perder a Tucker aquel día. Cerró los ojos con fuerza, intentando borrar la imagen del cañón del revolver apuntando al pecho de su marido, mientras la loca de Mindy reía frente a ellos sin importarle romper su familia en dos.

La rabia que sintió cuando se vio amenazada volvió a ella tiñendo sus mejillas. Había sido terrorífico. Puso una mano en su cuello, intentando calmar su corazón desbocado al recordar las imágenes, parecía que se le iba a salir por la boca. De repente, una mano le tocó el hombro sobresaltándola. Se giró para ver que su marido le hacía señales, invitándola a abandonar la habitación de Maria, contigua a la de ellos.

—Por fin duermes tranquila —informó a su marido—. Estaba demasiado nerviosa por los acontecimientos del día —añadió entrando en la habitación y sentándose al final de la cama.

—A Tommy también lo ha costado. Tenía muchas preguntas que hacer. Es muy observador y se ha dado cuenta durante la celebración de que algo había pasado —dijo Tucker quitándose la chaqueta y la corbata.

—Es un chico listo, se da cuenta de las cosas. No como yo, que no me he dado cuenta de nada durante meses.

La voz de Natalie al pronunciar esas palabras eran una mezcla de acusación, dolor y decepción que Tucker sintió como un desgarró en su interior. Se acercó hasta a la cama y se arrodilló ante su mujer que no levantó la vista de sus manos.

—Lo siento, Nat... —dijo intentando tomarla de las manos, pero Natalie se levantó de la cama evitando cualquier contacto con él.

—No es suficiente. ¿Crees que puedes engañarme durante meses, años, y que no pase nada? ¿Qué todo siga igual? —lo acusó ella.

Tucker podía ver, hasta sentir, cómo sufría su mujer en aquel momento, lo dolida y traicionada que se sentía.

—Yo no quería que te preocuparas, cariño. Quería evitar que vivieras con el miedo que yo sentía cada mañana.

Natalie lo miró y supo lo angustiado que él había estado. Imaginó el miedo y preocupación que habría sufrido en solitario y tuvo ganas de abrazarlo, pero se sentía demasiado traicionada. Tucker le había estado mintiendo demasiado tiempo. ¿No confiaba en ella? ¿No la creía capaz de ser una compañera para él, en lo bueno y en lo malo?

—No, Tucker, no. Debías habérmelo contado. Yo no soy un adorno en tu vida. Se supone que somos un equipo. Tenía derecho a saber por lo que estabas pasando cada día. Tenía derecho a luchar contigo contra todo esto.

—Lo sé —la interrumpió él—, pero una parte de mí se decía que mientras yo llevara solo este peso, no terminaría de ser real. No quería que vivieras mirando hacia atrás cada vez que dabas un paso. Temiendo por mi vida cada día, contando las horas para mi regreso. Te necesitaba feliz, vibrante, fuerte, como siempre. Quería volver a casa y que todo fuese normal. Volver a casa y disfrutar de cada minuto junto a ti, junto a los niños, sin que la sombra de un peligro inminente planeara sobre nuestras cabezas, oscureciendo nuestras vidas.

Tucker se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—¡Oh, Dios mío, Natalie! He sentido tanto miedo cuando has entrado en esa habitación. He temido tanto perderte para siempre. Perdóname, por favor.

Natalie apoyó la cabeza sobre el gran pecho de su marido, y aspiró su aroma mezcla de madera y sándalo, que llenó sus pulmones y sus sentidos. Elevó los brazos y le rodeó la cintura. Su cuerpo aún devastado por los nervios tembló bajo el abrazo de su marido. Tucker la pegó a él con fuerza y buscó su rostro con la mirada.

—Nada ni nadie, podría separarme de ti, cariño. Nada ni nadie —repitió junto a su boca.

—No vuelva a mentirme jamás, señor McGregor, o haré que se arrepienta —le dijo pegándose a él y acariciando sus labios con los suyos en un gesto íntimo y delicado.

—No se me ocurrirá volver a hacerlo, señora McGregor, y dedicaré le resto de mi vida a demostrárselo. Tomó el rostro de su mujer entre las manos y la besó para comenzar a hacerlo.

# Capítulo 14

## Fresas y sorpresas

Andy miraba por la ventana salir los vehículos de los últimos en abandonar la fiesta. Había sido un día para algunas cosas bellísimo e inolvidable, para otras, horrible y estresante. Aún recordaba la mirada desencajada de la loca de Mindy apuntando en el pecho a Tucker y después a su querida Natalie. Cuando hizo esto último, también temió por Julia, por Daniel y por ella. Inmediatamente se había abrazado el vientre, prometiendo mentalmente a su bebé, que todo saldría bien. Pero no había estado nada segura de ello.

Se acarició el vientre con las manos y se concentró en el latido de su corazón. Era algo que hacía a menudo cuando estaba embarazada de Bella. Se relajaba, cerraba los ojos, y se concentrada en el latido de su corazón, mientras acariciaba su tripa, imaginando cómo lo oiría su bebé dentro de la tripa. De nuevo aquella necesidad insaciable de comer fresas se apoderó de ella.

—¡Así lo vamos a llevar mal! —le dijo a su tripa—. A mamá le encantaría poder darte cuanto quisieras, pero no puedo conseguir fresas, al menos hoy. Mañana ya me volveré loca por internet buscando fresas frescas en diciembre. Las tendrán que importar de algún sitio. Pero hoy no puede ser.

Su estómago protestó. Solo de pensar en las fresas le había entrado un hambre voraz. Torció el gesto y siguió acariciándose la tripa. Minutos después comenzó a quitarse el vestido de dama de honor. Daniel estaba mientras con Bella, que se había despertado con una pesadilla. No era muy habitual, pero su princesa, pasaba malas noches de vez cuando. Cuando el día había sido ajetreado, la noche también lo era. Y aquel había sido un día tremendamente ajetreado y muy largo.

Se quitó el vestido por completo y fue al baño. Se lavó los dientes y se dio una ducha rápida para relajarse con el agua caliente antes de meterse en la cama. Cuando salió, se secó con una de las suaves y esponjosas toallas blancas que tenía su hermana en aquel baño y se quedó frente al espejo, mirando su recién recuperada silueta. Hacía apenas tres meses que había recuperado la figura y en breve volvería a perderla. Se giró para verse mejor. Sus pechos ya se notaban más llenos, pronto aumentaría su tripa y dejaría de disfrutar de su estrecha cintura.

—Preciosa visión —comentó Daniel desde la puerta.

Andy se sobresaltó al verlo allí. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Pensó. Por suerte no podía leerle los pensamientos, aunque a veces lo pareciese.

—¿Se ha dormido ya? —preguntó refiriéndose a su princesa.

—Sí, quería un cuento, un par de canciones y mimos. Una sesión completa de “todo para Bella”.

Andy sonrió. Su pequeña tenía muy asumido su papel de la princesa del castillo. Le encaba saber que papá y mamá la tenían como única y preciada posesión. ¿Cómo se tomaría su pequeño retoño la llegada de competencia? Pasó los dedos por su vientre. Nunca le había preguntado a Robert qué significó para el de niño la llegada de sus dos hermanas que llegaron para alterarle la vida. Anotó mentalmente hacerlo por la mañana.

—Estás muy callada, distraída —observó Daniel. Se acercó hasta ella y la abrazó por detrás frente al espejo.

Se había quitado la chaqueta, y la corbata, y abierto los primeros botones de la camisa, que también había sacado por fuera. Estaba arrebatadoramente guapo, como siempre. La pegó fuertemente a él y se

agachó hasta rozar su mejilla con la de ella.

—Estás preciosa —le dijo al oído.

Andy se erizó y sonrió.

—Me alegro de que te guste lo que ves —contestó ella con una sonrisa.

—¿Cómo no iba a gustarme? ¡Mírate! —le ordenó mientras se separaba tan solo unos centímetros de ella—. Mira este rostro —le dijo acariciándole las mejillas y los labios con las yemas de los dedos. Estos se abrieron ligeramente, y Andy acarició con la lengua el dedo de su marido. Él gruñó contra su oído en respuesta. Pero no cesó en su juego.

Bajó lentamente la mano hasta su clavícula, acariciando de forma sutil la piel que iba erizándose bajo sus dedos a su paso. Sin embargo, lo que sentía Andy eran ríos de fuego correrle por las venas.

—Me encanta tu piel. Esta piel cremosa, morena y suave como la seda.

La mano de Daniel fue descendiendo por el costado de Andy, pero a la altura de los pechos se detuvo y fue a por uno de ellos. A través del espejo, vio a su mujer humedecerse los labios y contener la respiración. Abrió los dedos dejando el pezón color canela entre ellos y lo pellizcó sin previo aviso. Andy gimió en queda respuesta. Y Daniel sonrió satisfecho viéndola disfrutar. Con una mano siguió jugueteando con los senos, plenos, llenos, maduros y terriblemente sensibles de su mujer mientras con la otra comenzaba el camino de descenso hasta su vientre, primero con las yemas de los dedos, después utilizando toda la palma. Cubrió su tripa por completo y acarició la zona durante minutos. Cuando menos lo esperaba, continuó con sus descenso y con habilidad apartó los pliegues de su sexo para llegar al clítoris. Andy reaccionó con un nuevo gemido, entregado y desesperado por recibir más. Daniel comenzó a acariciar la zona con movimientos circulares, haciendo que despertasen de su letargo cada célula de la piel de Andy, que se sintió hervir por dentro, fundirse lentamente. Apoyó la cabeza hacia atrás sobre el pecho de su marido, que la besó con avidez mientras seguía acariciándole el sexo lentamente, torturándola. Si previo aviso, introdujo dos dedos en la humedad de su sexo, haciendo que casi explotara de placer. Andy abrió los ojos y miró a su marido con las pupilas dilatadas. Quería más e, inclinándose hacia adelante, apoyó las manos sobre la encimera del mármol del lavabo, arqueando su cuerpo y exhibiéndose para su marido. Él le pasó lentamente una mano por la espalda mientras con la otra le acariciaba el trasero, le metía la mano entre sus muslos y volvía a introducir los dedos, moviéndolos en su interior. Estaba completamente húmeda y entregada, como a él le gustaba. Los volvió a sacar y comenzó de nuevo su tortura sobre la yema abultada de su clítoris enardecido. Cuando Andy comenzó a convulsionarse, gimiendo, entregándose al placer, Daniel la penetró desde atrás agarrándola por las caderas y marcando un ritmo vertiginosos que la dejó completamente exhausta y satisfecha, tras alcanzar un orgasmo devastador. Segundos después era Daniel el que se inclinaba sobre ella riendo contra su pelo.

—No me cansaré jamás de estar dentro de ti. Sentirme dentro de ti es simplemente alucinante —le dijo al oído, levantándola y mirándose ambos abrazados en el reflejo del espejo—. Quiero hacerte el amor en aquella laguna, en Maui —le susurró él. E inmediatamente ella se tensó. Se apartó de él y fue hasta el dormitorio.

Cada vez que él nombraba el viaje a las islas, ella pensaba irremediabilmente en que aquel viaje no sería cómo él esperaba y en que tenía que hablar con él de su nuevo estado.

—¿Qué ocurre? Ya estás distante otra vez —la detuvo tomándola de una mano. Andy giró sobre sus talones encontrándose frente a él—. ¿Es que no quieres ir? ¿Prefieres que vayamos a otro sitio...?

—No, no es eso... —dijo ella buscando las palabras adecuadas para soltar la bomba.

—¿Es por el bebé? ¿Crees que no querré ir porque ya no vamos a poder hacer parapente juntos?

Andy lo miró con los ojos desorbitados. Definitivamente su marido sí podía leerle la mente.



—¿Cómo...? ¿Cómo lo sabes? —dijo parpadeando perpleja.

—Cariño, no haces más que acariciarte el vientre, como hacías con Bella. Estas más sensible, e irascible, todo hay que decirlo. ¿Y por qué si no ibas a tener a toda la familia buscando fresas como locos en diciembre?

Andy se tapó la boca con la mano. Vio que Daniel se apartaba de ella, iba hasta la cómoda y cogía una preciosa cesta de mimbre blanca repleta de perfectas y jugosas fresas rojas.

Como si fuese el último manjar sobre la faz de la tierra, Andy la tomó entre sus manos y comió una fresa, que se derramó en su boca con un estallido de sabor.

—Umm... —se deleitó—. ¡Oh, Dios mío! —gimió de placer.

Daniel la miró divertido.

—Están deliciosas —dijo cogiendo otra—. ¿Cómo has sabido...? ¿De dónde las has sacado?

—He tenido ayuda. Mi querida cuñada las consiguió por mí. Es una chica con recursos.

—¿Entonces fue ella la que te contó lo del... embarazo? —le dijo temiendo pronunciar las palabras en voz alta.

—¡Claro que no! Julia se cortaría los dos brazos antes de traicionar tu confianza. Solo me dijo dónde podía ir a recoger las fresas para ti. Yo sabía que te pasaba algo, pero hasta esta mañana, en el coche, mientras veníamos, no me di cuenta de tu estado. El resto del día te he estado observando, atando cabos, traduciendo señales. Las fresas han sido la guinda del pastel. Lo que no logró entender es por qué no me lo contaste. ¿Por qué te callaste que vamos a volver a ser papás?

Andy tragó saliva y un trozo de fresa y contestó:

—Tenía miedo.

—¿De mí? ¿De mi reacción? —dijo incrédulo ante aquella posibilidad. ¿Por qué iba a temer ella su reacción?

—No lo entiendo, cariño. ¿Aún no sabes cuánto te amo? ¿Aún no sabes que Bella y tú sois lo mejor que me ha pasado en la vida? ¿Cómo no iba a ser feliz con la llegada de un nuevo bebé?

—No lo sé, siempre estás hablando de cuando tengamos más tiempo para nosotros, de las cosas que podríamos hacer cuando Bella fuese algo mayor. Del viaje y las muchas cosas que querías hacer conmigo, que ahora no podré hacer...

—Andy, Andy... —la cogió él de las manos deteniéndola—. Todo eso que digo lo digo por ti. Sé lo difíciles que han sido para ti estos meses. Aplazar y relegar tu trabajo. Sentirte dividida por querer satisfacer tu faceta de madre y mujer trabajadora. El viaje lo planeé para que tuvieras tiempo para ti, para que te relajaras y disfrutaras de las cosas que te hacían feliz antes.

Andy se emocionó y sintió que las lágrimas se arremolinarse en sus ojos, amenazando con salir.

—Este nuevo hijo es una bendición. Para mí lo es, y también para ti también debe serlo, pues no estás sola. Yo estoy contigo, mi amor. La experiencia con Bella fue abrumadora porque éramos primerizos los dos, pero ahora no tiene que ser así. Ya somos padres experimentados —dijo con una mueca de orgullo, que hizo que Andy sonriera a pesar de las lágrimas—. Cuando estés preparada y te apetezca, podrás retomar tu trabajo, unos días desde casa, otros en la oficina. Montaremos una preciosa guardería allí para nuestros preciosos bebés, así los tendremos cerca mientras trabajamos, y haremos ese viaje, si aún quieres...

Andy se limitó a asentir con la cabeza feliz y radiante.

—No haremos parapente ni ninguna de las actividades que podrían poneros en riesgo a ti y a al bebé. Solo pasaremos, iremos a ver a nuestros amigos y haremos el amor en el lago, en la playa, en Kauai...

—Sí, sí, ya me hago una idea de tus nuevos planes para el viaje —dijo Andy riendo.

—¿No te gustan? —le preguntó él tomándola de la cintura.

—Me encantan —le contestó ella abrazándose a su marido.

—Umm... sabes a fresa —le dijo su marido—. ¡Qué buenas! Ven aquí, preciosa —le dijo tirando de ella para acostarla en la cama—. Vamos a ver qué otros lugares de este succulento cuerpo pueden llegar a saber igual —añadió riendo.

Andy rio con su marido, pletórica, feliz y curiosa por saber cuántas cosas se le ocurrirían a él que podían hacer con aquellas fresas.

# Agradecimientos

En primer lugar, quería agradecer este libro a mi hermano Álvaro, por estar siempre conmigo, apoyándome, ofreciéndome su talento y, sobre todo, por la semilla que inicialmente fue esta idea.

A mis padres, porque sin su apoyo y ayuda, regalándome el tiempo que necesitaba para finalizar este libro, no lo habría conseguido.

A mi grupo cero: Vanesa Vázquez, Raquel Campos, Laura Frías, Josephine Lys, Ainhoa Gresa y Pilar Ashton, por leerme, apoyarme, criticarme y estar siempre a mi lado cuando lo necesito.

A mis compañeras plumillas, por sus palabras de ánimo. Y a todo mi grupo de encadenadas, sois las mejores seguidoras que podría desear.

# Table of Content

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Agradecimientos](#)